



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

**UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

TRABAJO FINAL DE GRADO

**De la novela edípica a la novela clínica: una construcción de
caso**

Jellal Amado Escobal

4.297.870-4

Tutor: Doc. Mag. Octavio Carrasco

Docente revisora: As. Mag. Susana Quagliata

Montevideo, octubre de 2019

Índice

Resumen	2
1. Introducción	3
1.1 El dispositivo.....	3
1.2 El trabajo en y con la clínica: la construcción de caso desde una perspectiva psicoanalítica.....	4
1.3 Preguntas y principales ejes teóricos.....	6
2. Presentación del caso	8
2.1 “Me hacen mal los hombres en general”.....	8
2.2 “Mi madre es una descerebrada”.....	16
2.3 “Cuando yo nací, él ya no estaba”.....	19
2.4 “Mi padre, el que me dio el apellido”.....	21
2.5 “...a mi abuela la amo, pero hizo lo que pudo”.....	22
2.6 “Un bebé”.....	25
2.7 “Mi época turbia”.....	27
2.8 Demanda, transferencia, deseo.....	30
3. Articulación teórica	38
3.1 Complejo de Edipo en Freud.....	38
3.1.1 Complejo de Edipo en la niña y sexualidad femenina.....	42
3.2 Complejo de Edipo en Lacan. Una relectura estructuralista de Freud.....	46
4. Consideraciones finales	53
5. Referencias bibliográficas	55

Resumen

En este trabajo se pretende realizar la construcción de un caso clínico tomando como base el material obtenido a lo largo de un tratamiento que tuvo lugar en una instancia de práctica preprofesional en un servicio de la Facultad de Psicología.

El trabajo consta de tres partes. La primera es, a modo de introducción, la presentación de las características del dispositivo de atención, así como la justificación de la metodología elegida para el abordaje del trabajo y las preguntas que lo orientan.

En una segunda parte se presenta un recorte del caso clínico en cuestión, que se articulará a los aspectos teóricos en su construcción, dando cuenta de las diversas aristas que lo atraviesan.

La tercera parte de este trabajo aborda los distintos conceptos y aspectos pertinentes de la teoría psicoanalítica con las que se articulará el caso, principalmente: complejo de Edipo y sexualidad femenina en Freud, para luego retomar la reconceptualización del Edipo freudiano que hiciera Jacques Lacan, articulando el complejo de castración, el deseo materno y función del padre, además de algunas consideraciones sobre el estrago materno.

Palabras clave: Caso clínico, complejo de Edipo, psicoanálisis, estrago materno.

1. INTRODUCCIÓN

Este trabajo representa el cierre de la formación de grado de la Licenciatura en Psicología de la Universidad de la República. En lo personal, significó un trayecto de adquisición de herramientas personales, académicas, teóricas y prácticas que cimentaron el edificio que comenzará a erigirse luego con el ejercicio de la profesión y la formación posterior. Las elecciones durante este trayecto tuvieron, aunque no exclusivamente, relación con el trabajo en psicología clínica y, más específicamente, con el trabajo en clínica psicoanalítica, por lo que, para esta instancia académica, el interés fue puesto precisamente en esto.

La modalidad elegida para la elaboración de este trabajo es la de articulación teórico-clínica, y se servirá de los registros obtenidos durante el trabajo de práctica con Mariana¹, una mujer de 25 años que consultó a mediados de octubre de 2018 en un servicio de atención de la Facultad, que funciona en el Hospital de Clínicas “Dr. Manuel Quintela” en la ciudad de Montevideo, Uruguay.

1.1 El dispositivo

El grupo de práctica estuvo constituido por 10 estudiantes, cinco del Ciclo de Formación Integral y cinco del Ciclo de Graduación de la Licenciatura, y fue coordinado por la docente Lic. Ayud. Isabel Paz. La dinámica de trabajo en este servicio se dio en duplas formadas por un/a estudiante de cada ciclo, a quienes se les fueron asignando los casos a medida que eran derivados a nuestro equipo de atención, provenientes de los equipos de recepción. Cada dupla exponía los distintos casos en instancias presenciales de tres horas, realizándose la supervisión de forma grupal.

Para el caso en el que se apoya este trabajo, las entrevistas fueron conducidas en su totalidad por quien escribe, estudiante del Ciclo de Graduación, con la observación participante de la estudiante del Ciclo de Formación Integral, Br. Chiara Fontoura.

Cabe mencionar aquí que esta característica del dispositivo tuvo su impacto en el trabajo clínico. En su primera consulta, Mariana se sobresaltó ni bien pisó el improvisado consultorio. No estaba enterada -dijo- de que la iban a “atender” dos personas.

Luego de esta primera reacción de desconfianza, y con el correr de los encuentros, el dispositivo pudo verse en juego en la transferencia, por ejemplo, en momentos en los que la

¹ Todos los nombres y lugares del historial fueron cambiados por motivos de confidencialidad.

consultante, tanto con la mirada como con la postura, buscaba la complicidad de la estudiante que ofició como observadora participante, apoyándose *imaginariamente* en algo del ser *mujer*.

El registro de los encuentros fue confeccionado en base a los apuntes personales de cada uno, luego de un trabajo posterior de puesta en común. Este tipo de abordaje de la experiencia resultó muy enriquecedor, ya que el trabajo de poner en relación las miradas de cada uno de los estudiantes involucrados, logró, por momentos, una captación más global del caso, así como un mejor acercamiento al mismo.

1.2 El trabajo en y con la clínica: la construcción de caso desde una perspectiva psicoanalítica

La relación entre el psicoanálisis como disciplina y el caso clínico es estrecha. Desde su surgimiento, el psicoanálisis ha crecido y se ha ido desarrollando como una disciplina en la que el relato clínico fue siempre su forma privilegiada de transmisión. Son famosos los historiales clínicos freudianos en los que, a modo de una *novela*, el padre del psicoanálisis transmitía sus principales conceptos e ideas.

El descubrimiento del inconsciente inauguró una dimensión hasta entonces desconocida. De hecho, el surgimiento del psicoanálisis deriva de un hecho fundamental: la existencia de ciertas presentaciones clínicas, ciertos fenómenos y ciertos *síntomas*, que la medicina de la época no conseguía explicar.

El psicoanálisis surge, entonces, en un contexto histórico en el que la psiquiatría fenoménica había descrito un cierto tipo de psicopatología basado en fenómenos observables y aislables uno de otro. A este respecto, Ana Cristina Figueiredo (2004) plantea que el psicoanálisis, y en particular la noción freudiana de inconsciente, vienen a romper con el campo restringido de la psiquiatría de la época:

Un nuevo campo se delinea por oposición al campo fenoménico descriptivo de la psiquiatría y la psicopatología en general, a saber, el campo del inconsciente y sus formaciones (Freud) o el campo del Otro (Lacan). Esta concepción rompe con las concepciones anteriores de diagnóstico y tratamiento de la psiquiatría creando nuevas exigencias para ambos y abriendo una nueva puerta para la psicopatología (p.76).²

Dentro del complejo campo de la salud mental, el psicoanálisis busca “retomar la psicopatología en otros términos” (p.77), rescatando la dimensión del inconsciente, la

² La traducción del portugués de este texto es propia.

dimensión del campo del Otro, dimensión en la que se articula el sujeto en tanto ser hablante. El psicoanálisis cambió la forma de concebir al sujeto y modificó sustancialmente la forma de pensar en Occidente, teorizando sobre toda una nueva forma de pensar lo humano.

En *El mito individual del neurótico*, Jacques Lacan postula algunos aspectos del psicoanálisis, comparándolo con las *artes liberales* de la Edad Media, en la medida en que el psicoanálisis mantiene “esa relación de medida del hombre consigo mismo (...) que entraña por excelencia el uso de la palabra” (p.15). Es debido a esto, al hecho de que el psicoanálisis retoma la palabra singular del sujeto, que la experiencia analítica no puede objetivarse, por lo que el psicoanálisis se sirve del mito. Tal es el caso del complejo de Edipo, el cual tiene valor de mito, y es en lo que la teoría analítica plasma la relación intersubjetiva (Lacan, 1953).

Lacan (1953) define al mito como “cierta representación objetivada de un *epos* o una gesta que expresa de manera imaginaria las relaciones fundamentales características de cierto modo de ser humano en una época determinada” (p.18). Lacan se sirve del conocido caso freudiano del “Hombre de las ratas” para ilustrar la importancia del mito en la transmisión de la teoría psicoanalítica, así como la forma en la que estas creaciones míticas pueden encontrarse en las vivencias de los sujetos neuróticos.

Algunos autores contemporáneos también han trabajado sobre la construcción de caso, no solo como forma de transmisión en psicoanálisis, sino también como forma de abordaje metodológico. En esta línea, Octavio Carrasco (2017) plantea:

[el caso clínico es] una unidad que se deconstruye a sí misma (...) Unidad múltiple, no infinita, que da cuenta de un sujeto que es descrito con sus anudamientos singulares inmerso en un colectivo (...) cuando un sujeto habla de sí, sin saberlo, incluye a muchos en su discurso, lo que permite que ese decir particular sea generalizable (p.23).

Se plantea al caso clínico como producto de un *encuentro*. Por un lado hay un sujeto que sufre, y por el otro, un analista que ve desafiado su saber. Cada caso resignifica el pasado desde lo actual y produce un sentido (Carrasco, 2017).

Al retomar la palabra de un sujeto en un dispositivo como es el dispositivo analítico, surge la necesidad de dar cuenta de múltiples fenómenos y relaciones que incluyen a diversos individuos, instituciones, lugares, con los que el sujeto se vincula, que lo atraviesan y a los que a su vez transforma. Respondiendo a esta necesidad es que se privilegia la metodología de construcción de caso clínico, ya que ofrece la posibilidad de articular los aspectos teóricos a la historia vital del sujeto que consulta y, a la vez, anudar y dar sentido a lo que se intenta

transmitir, permitiendo así una comprensión cabal de los fenómenos que se presentan en cada caso, atendiendo a las singularidades del sujeto implicado, así también como las del analista.

Juan David Nasio (2001) plantea que el caso clínico en psicoanálisis “expresa la singularidad misma del ser que sufre y de la palabra que nos dirige” (p.10). El relato novelado del caso clínico opera como “un escrito que, en virtud de su modo narrativo, pone en escena una situación clínica que ilustra una elaboración teórica” (p.11).

Este autor también propone tres funciones del caso clínico, que distingue como la función didáctica, la función metafórica y la función heurística. En cuanto a la función didáctica, plantea que el caso clínico “transmite la teoría dirigiéndose a la imaginación y a la emoción del lector (p.11). Esta función, entonces, permite que la teoría se asiente sobre una base que le sea familiar al lector, para de esta forma transmitir los principales conceptos teóricos favoreciendo así la empatía de quien accede al material clínico.

La función metafórica es la función por la cual el saber se hace generalizable, es decir, cuando el caso y el concepto están muy relacionados puede operarse una metáfora, un “desplazamiento de significación”, al decir de Nasio (p.18), pasando a ser el ejemplo el que da cuenta de la teoría.

En cuanto a la función heurística del caso clínico, Nasio plantea que el caso “llega a ser en sí mismo generador de conceptos” (p.19), lo que puede llevar a que las hipótesis planteadas en la construcción de un caso clínico hagan surgir nuevas.

1.3 Preguntas y principales ejes teóricos

En base a lo que surge como material clínico y a los efectos de la lectura de cierta parte de la teoría analítica, es que hacen relieve algunas preguntas que motivan este trabajo, a saber: **¿podemos relacionar el padecimiento actual de la consultante con aspectos de su novela edípica?**

Se buscará responder esta interrogante articulando al caso clínico presentado los clásicos conceptos freudianos sobre el complejo de Edipo, principalmente sus elaboraciones sobre el complejo de Edipo en la mujer y sus artículos sobre sexualidad femenina, labor que continuaremos tomando los aportes de Jacques Lacan, quien introdujo un viraje en la lectura de las obras freudianas.

Principalmente con base en sus Seminarios 3, 4 y 5, aunque también en otros textos, pasaremos del Edipo del mito al Edipo de la estructura, introduciendo la *función* del padre a través de la *metáfora paterna* (Lacan, 1958), con la que se intentará anudar las distintas observaciones clínicas.

Se trabajarán además algunos aspectos vinculados al estrago materno para pensar en las configuraciones sintomáticas de la consultante.

2. PRESENTACIÓN DEL CASO

Antes del primer contacto con Mariana, ya habíamos tenido contacto con el registro de la primera entrevista de recepción, realizada por otro docente. Allí se daba cuenta de la conflictiva relatada por ella en ese momento, de lo que se destacaba cierto malestar e insatisfacción generalizada, además de que -según este registro- “reclamaba” la presencia de la madre. Con esta primera aproximación al caso, comenzamos nuestra tarea con ella. El trabajo de poner en palabras dejaría aflorar nuevos significantes y nuevos sentidos al padecimiento.

En la primera entrevista se recabaron algunos datos sobre la familia de origen de Mariana, una familia que se revela, ya de entrada, dividida. Nos cuenta, entonces, que su madre, un hermano y una hermana (hijos de su madre con su pareja actual) viven en el exterior. En Uruguay, en X, ciudad del interior de donde es oriunda, Mariana cuenta con un hermano de 15 años, y con M., anterior pareja de su madre, su padre de crianza y padre biológico de su hermano.

En cuanto a su padre biológico, menciona no haberlo conocido hasta los 21 años, momento en el que se encontró con él en dos oportunidades, a instancias de una psicóloga que la atendía en ese momento. Estos encuentros con su padre son episodios que traerá como angustiantes y desagradables.

Sin embargo, quien aparece como personaje destacado en el escenario familiar es su abuela materna. Fallecida hace casi dos años, Mariana da cuenta de un duelo aún no elaborado por su pérdida. Se crio en su casa, permaneciendo allí hasta los siete años, momento en el que su madre se casó con M.

En su discurso, las referencias a esta mujer son, en su mayoría, cargadas de afecto y representa, al principio, un ideal. Los recuerdos infantiles vinculados a su abuela la traen como un personaje *fuera de lugar*, ya que, según sus palabras, *su abuela cumplía más el papel de madre*, desplazando así a su propia madre a un lugar casi como de hermana.

2.1 “Me hacen mal los hombres en general”

Esta primera frase, soltada ante la pregunta de qué es lo que la lleva a consultar al servicio, evidencia su motivo manifiesto de consulta. Menciona el carácter inestable de sus relaciones de pareja y dice tener problemas para vincularse afectivamente: “...al principio todo bien, pero después de un tiempo como que me aburro, no sé”. (Primera consulta). El peso de

su primera demanda está puesto así del lado de sus relaciones, y este aspecto de su vida es el que dice, de entrada, que la conflictúa.

Aduce *ansiedad* en el manejo de los vínculos y, según dice textual, *no sabe qué hacer*. Menciona haber tenido algunas parejas antes, con las que, en mayor o menor medida, experimentó esta sensación de insatisfacción general. Sin embargo, es en su relación actual con F., un joven un año menor que ella, en donde Mariana siente que este malestar se acentúa.

Este vínculo aparece teñido de incertidumbre y de miedo al abandono, lo que, según ubica Mariana, comenzó a acrecentarse cuando, estando en pareja con ella, F. tuvo un hijo, producto de una relación anterior.

Lo primero que dice Mariana de F., es que él hace que ella “se ponga mal”, y menciona querer dejarlo a veces, para ver si puede *estar bien sin él*. A pesar de esto, de su relato surge un profundo malestar, así como sendos sentimientos de soledad y angustia ante el más mínimo alejamiento suyo:

“Lo re quiero, pero a veces siento que es mejor olvidarlo, pero tengo miedo de que se vaya” (primera consulta).

“Hoy no me escribió (...) un día está todo bien y después está todo mal (...) **no sé si es por el hijo que me pasa esto**” (primera consulta).

El *miedo al abandono*, la *angustia*, la *incertidumbre*, así como el *aburrimiento*, son significantes que ya empiezan a ponerse en juego del lado de sus relaciones afectivas y, particularmente, en su vínculo con F.

La relación de Mariana con F. se puede ver como caótica y durante el tratamiento, incluso pasando por distintos “formatos” de relación, el vínculo emergió permanentemente en su discurso, y siempre es enunciado desde el malestar y la queja.

“No sé, pero antes de conocerlo [a F.] estaba bien. Estaba sola y me sentía bien anímicamente. Y esto [su situación actual] es como que estoy **volviendo a repetir** como cuando estaba con mi primer novio, una angustia permanente” (segunda consulta).

Mariana mostró rápidamente que la necesidad de vincularse afectivamente, de *no estar sola*, es algo que se repitió en su vida:

- En los momentos en los que estuve sola me sentía re mal. Pero igual siempre estaba con alguien, pero como que no funcionaba ninguno, no sé, hasta que después cayó F. (...) creo que le hago bien a él [a F.], pero él a mí no mucho (...) no estoy cómoda con la relación que hay ahora, es como que tengo ganas de hacer familia (se ríe)

- J.A. - ¿”Hacer familia”?

- No sé, como pasar más juntos. No solo de noche, al mediodía (...) es como que empezó todo re bien, pero después de un momento es como que todo es igual. Hace 7 meses que estamos en la misma (tercera consulta).

Uno de los significantes que insisten en su discurso es el de *tener pareja*. La cuestión relativa a vincularse afectivamente con un otro, remite, en su discurso, casi irreductiblemente a lo opuesto a *estar sola*. "Pareja" no fue solo un sinónimo de relación afectiva, sino que fue, además, un lugar en el que Mariana fue depositando una serie de hombres, destinatarios todos ellos de una demanda incesante. A su vez, con *hacer familia*, Mariana nombra con otro signifiante lo que es para ella *tener pareja*. Este "hacer familia", podemos pensarlo también en relación con lo que fue su propia historia familiar de abandono, lo que luego, en un movimiento posterior, se permitirá relacionar.

Al respecto de F., si bien el no tener definida una relación "formal" con él era algo que le causaba angustia, la idea de hacerlo, a su vez, era experimentada con cierto temor: "Me pasa que **no sé tener pareja**" (tercera consulta). Posteriormente, al ser preguntada sobre este *no saber*, dirá que para ella, "tener pareja es compartir cosas" (sexta consulta).

Es interesante la relación que establece entre *tener pareja* y *compartir cosas*, como dos imposibles que surgen en su discurso, dos significantes que, de alguna forma, incluso desde el *no saber* o *no poder*, la determinan.

Al cabo de algunas consultas, Mariana cuenta que por fin *pudo* hablar con F. y formalizar la relación. Sin embargo, esto no hizo mella en el sentimiento de inseguridad que experimentaba. Al respecto de su nuevo *status* de pareja, decía: "Me da vergüenza expresar estar contenta. **Me da vergüenza tener novio**. Hoy nos vemos, tengo miedo que me cancele (...) No le conté a mi madre sobre F., nunca hablamos de eso. Me da vergüenza contarle a mi familia" (cuarta consulta).

Algunas de las peleas y discusiones con F. han llevado a Mariana a experimentar *ataques de angustia*, llegando incluso en una oportunidad a ir a la emergencia de la mutualista a ver a un psiquiatra: "Cuando me peleo con él no sé qué hacer. Siento como si se me derrumbara el mundo, como un abandono. Una amiga que es psicóloga me dijo que tengo que trabajar el tema del abandono" (séptima consulta).

Pudimos leer estos *ataques de angustia* como la forma que encontraba Mariana para que algo de su deseo sea admitido:

al otro día [del ataque de angustia luego de una pelea] lo llamé a F. para que fuera a casa pero no me contestó. Ahí pensé 'no puedo estar mal por este gurí (sic)', pero eso solo me pasa un

segundo porque al otro segundo **ya me muero de nuevo** (...) recién cuando le dije que me iba a internar reaccionó (...) me acompañó y después fuimos a su casa y volvió todo a la normalidad (séptima consulta).

Esta forma de llegar al límite para lograr la reacción del otro es algo que también se repetirá, como veremos más adelante, en la relación con su madre. Solo en el momento en el que Mariana comunica su decisión de internarse en un hospital psiquiátrico es cuando logra que F. reconozca algo de su deseo, paso previo a que todo retorne a la *normalidad*.

La ruptura con F. fue un duro golpe para Mariana. La disolución del vínculo provocó en ella una gran angustia, que solo pudo mitigar -en parte- recurriendo a una internación psiquiátrica:

¿Viste que te había dicho la otra vez que tenía una chance de internarme? Bueno, el 2 [de enero, algunos días después de la ruptura con F.], estaba hecha mierda, no aguantaba más, y le dije a mi amiga que quería ir a la mutualista. Y decidí internarme. Me internaron por dos días, después me vio la psiquiatra y me dio el alta” (décima consulta)

Lo que se destaca de esta internación es que, previo a ella, le comunicó a F. que estaría internada, para que supiera que iba a estar sin celular. Nuevamente Mariana recurre a situaciones extremas, como es una internación, para hacerse reconocer.

De esta primera frase “me ponen mal los hombres en general” (primera consulta), pudimos extraer el sentido de su sufrimiento. *Los hombres* que le hacen mal son una serie que empieza por su padre biológico y sigue con los hombres que vinieron después, tanto sus parejas anteriores como F., uno de los motivos por los cuales consultó al servicio.

En esta serie podemos incluir también, al menos, a otras dos personas; S., el dueño de la residencia donde vive, y N., con quien se vinculó luego de la ruptura con F.

S. es el dueño de la residencia donde vive Mariana. Su relación con él al principio fue buena, según ella, pero sin dejar de tener cierto cariz sexual. Cuenta que es amigo de una amiga de ella, y lo conoció en una fiesta de año nuevo. La noche en la que se conocieron “estuvieron”, aunque Mariana aclara rápidamente que solo se besaron y que ella estaba muy borracha. A partir de ese momento, su relación estará signada por cierta ambigüedad, oscilando entre el erotismo y la agresividad.

En un determinado momento del tratamiento con Mariana, el desempleo fue la causa de algunos problemas para ella; por ejemplo, el hecho de no poder afrontar el pago mensual del alquiler en la residencia. El desempleo de Mariana también marcó un modo de relacionamiento con S., basado en *escondarse* y también, eventualmente, mentir:

J.A. - ¿Cómo está el resto de tus cosas?

M - Bien, estuve en casa. Ayer estuve escondiéndome de S., el dueño de la residencia, todo el día, para que no me vea que estoy sin trabajo (risa), pero no sé, **ni bola me dio. Me ignoró totalmente** porque estaba arreglando un baño. De noche voy al baño y veo todo nuevo, y le mandé un mensaje: '¡qué lindo que quedó el baño!', y le digo '¿No notaste nada raro en mí?'³ '¿Que estás más linda de lo normal?', me dijo...

J.A. - ¿Ya te ha hecho insinuaciones como esa?

M - Sí. Antes mucho más (...) yo casi no lo conocía. El 31 [de diciembre del año anterior] fui a pasar ahí con mi amiga, y en un momento se prendió fuego una de las habitaciones, no pasó nada, vinieron los bomberos pero él también tuvo que venir, y yo estaba borracha y estaba parada en la puerta y estuvimos. Fueron cinco segundos, no fue nada (...) no sé si ya te había dicho...y después de eso no pasó más nada, pero ta, ahí empezó a joderme (...) una vez él estaba borracho y me dijo 'vas a ver, vos te vas a casar conmigo y te voy a hacer tres hijos...', '¡Callate, estúpido!', le decía yo.

J.A. - ¿"Te voy a hacer tres hijos" te dijo?

M - (Risa) Sí, siempre...ahora no me dice esas desubi... (balbucea unos segundos, pareciera que la palabra que busca es «desubicadeces»)...desubica..así porque ta, ya pasó (...) una vez nos peleamos re mal... yo necesitaba secar una ropa, y dejé la estufa del cuarto prendida...me dijo de todo...no sé, hasta casi me pega... '¿Qué? ¿Me vas a pegar? Dale, vení', le dije. Te juro que pensé que me iba a pegar una piña (...) la otra vez me había pedido ayuda con unas cosas, y yo le dije que sí y me colgué...cuando fui ya estaba casi todo hecho y ta, al final le sostuve una escalera y cuando terminé, le dije: 'bueno, me voy', '¡No, quedate sentada ahí! (...) a mí cuando me gusta algo, me gusta que se quede ahí', -me dijo- (...) y yo: '¿Qué?!' (...) ta, al final me quedé ahí sentada re tranqui, me chupó un huevo (...) y ta. Sé que anda atrás mío (...) él vive en una de esas casas [dentro del mismo padrón de la residencia], la está reformando, pero también tiene una casa en P. que era de la abuela, y a veces se queda en P., como que tiene plata el loco...tiene 34 años...ayer me dijo eso, creo, porque le pregunté si no había notado nada raro en mí y ta y me dijo eso, que ni siquiera me molestó, me chupó un huevo...

J.A. - ¿Te incomoda eso?

- No, ahora no. Antes sí, ahora no. **Ayer ni bola me dio, yo todo el día escondiéndome y él en la suya.** Ahora no, en serio, sino lo diría, pero sí, me incomodó mucho (decimoquinta consulta).

Este extracto de la decimoquinta consulta puede ilustrar la relación que se estableció entre ambos. Primero, resulta interesante la contradicción que surge en el discurso de Mariana, sin

³ Esta fue la forma de Mariana de preguntarle a S. si había notado que estaba a horarios inusuales en su casa debido a que estaba sin trabajo.

que ella siquiera lo notara, a propósito de *escondarse*. Cuenta que intentó esconderse para que él no se diera cuenta de que estaba en la casa y no en su trabajo. Cualquiera podría pensar que si él no la vio la misión de esconderse fue exitosa; sin embargo, Mariana hace de esto una queja: “estuve escondiéndome todo el día y ni bola me dio, me ignoró”. Esto nos habla acerca de la posición subjetiva de Mariana, y de cómo se ofrece -o no- al reconocimiento del Otro.

Progresivamente, S. se irá transformando en el discurso de Mariana en un personaje negativo. La deuda contraída por ella (llegó a deberle más de 17.000 pesos) y las constantes insinuaciones eróticas de S. llevarán a que este sea otro de los hombres que le hacen mal:

M - Tuvimos una discusión con el dueño porque me preguntó cuándo le iba a pagar, y yo no sé. Le dije que no sé cuándo voy a cobrar y que tampoco iba a poder pagar entero el otro mes (...) y le dije ‘si no me **precisás** más, echame...’

J.A. - ¿”Si no me precisás más”?

M - Si no me precisás más no... (SILENCIO) le dije ‘si no te sirvo económicamente, sacame, echame’, y me dijo que no, que quería saber porque mañana iban a cortar el wifi (decimotercera consulta).

El lapsus *precisás* podemos pensarlo en relación con la posición de Mariana, una posición de objeto de goce del Otro, en cuanto *la precisa* o ella *le sirve*.

Como otro de los hombres de esta serie podemos ubicar a N., un joven con quien Mariana comenzó a relacionarse, a *escribirse* -como dice ella-, luego de la ruptura con F. Este joven es, además, hermano de una amiga de Mariana: “...me estoy escribiendo con otra persona, nos escribimos todos los días, hace como dos semanas” (decimocuarta consulta).

A N. lo conoció cuando aún estaba de novia con F. Cuando Mariana cuenta sobre cómo lo conoció introduce a su amiga J., hermana de N. Cuenta que a N. lo conocía “de vista y cuando era gordo”, cuando hacía el liceo en 2015, y que este año lo conoció “nuevamente” en la casa de su amiga.

Acerca de 2015, cuando conoció a N., recuerda que estaba sin trabajo, por lo que junto a la hermana de N. (su amiga J.) estaba cocinando comida vegana para vender: “...nos iba re bien, pero yo lo que necesitaba era la sociedad médica...y ta, con J. me pasa lo que me pasa con todas las personas, creo...de verla todos los días, como una rutina así...” (decimoquinta consulta).

Sobre esta amiga, cuenta algo más:

Con ella [J.] es raro. Con ella *anduve* una vez...cuando íbamos juntas al liceo en el 2015...después ella se enojó conmigo porque me puse de novia y después cuando me peleé, me

dijo 'ahora me venís a buscar...', pero yo no la venía a buscar para nada, solo como amiga (decimoquinta consulta).

La relación con esta aparente amiga es definida con el significante *raro*, anticipando el sentido de lo que iba a decir. Con ella *anduvo*:

La conocí en el 2015, mi época turbia⁴, estaba en sexto de liceo (...) ella ya había estado antes con locas...en un momento a mí me empezaron a decir 'Juanita', porque tomaba mucho vino, entonces 'damajuana', 'Juana', 'Juanita', y me quedó 'Juanita'. Un día [J.] me dice: 'Juanita, alguna vez voy a hacer que te gusten las mujeres', y yo me cagaba de la risa, y al mes empezamos como a andar, a salir, a andar solo de besos, nunca ESTUVE con ella... (decimocuarta consulta).

Primeramente, resulta llamativa la nominación de Mariana dentro de su grupo de pares. Su consumo excesivo de alcohol, metáforas mediante, le habían hecho ganar el apodo "Juanita". No es casual que haya introducido a "Juanita" justo en ese momento previo a revelar algo de su sexualidad, como si quisiera desmarcarse de lo que va a contar. Con esta amiga salían juntas a veces, otras veces se mostraban juntas en el liceo, pero esto hasta que Mariana comenzó a trabajar y abandonó los estudios. Luego, cuando Mariana se puso de novia, J. *dejó de darle bola*, y la relación se enfrió, al punto de que dejaron de comunicarse como solían hacerlo.

Después de algunos años, cuando se reencontraron, Mariana dice que J. *le hizo una escena de celos rara*, y le dijo que la *buscaba* ahora que *estaba sola*. Fue el completo azar el que las volvió a encontrar, unos meses atrás. J. estaba embarazada de seis meses, Mariana cuenta esto con asombro, y dice que cuando se contactó con ella para visitarla y conocer a la bebé, J. le dijo que fuera en ese momento, ya que su padre no estaba porque había ido a llevar a N. a la terminal de ómnibus:

Me dijo 'venite ahora que papá fue a llevar a N.' (...) y ahí yo me quedé pensando en él (...) le escribí **un jueves, antes de venir para acá** (...) no me quiero enganchar, igual no creo que me enganche, no viene muy seguido (decimocuarta consulta).

Durante algún tiempo, N. ocupará el lugar que tenía F., anterior pareja de Mariana. N. era retratado como una persona amable, tranquila y cariñosa, casi lo opuesto a F.: "...y bueno, les conté que me estoy escribiendo con alguien, y siento que me encanta. No nos vemos mucho

⁴ Ver Cap. 2.7.

pero nos escribimos todos los días, es el hermano de mi amiga, ya les conté” (decimoquinta consulta).

Si bien hablaba de él permanentemente, de forma animada, incluso, como entusiasmada por una nueva relación, Mariana, a la misma vez, decía querer *estar un poco sola* y no *sacar un clavo con otro clavo* (decimoquinta consulta). Rápidamente surgieron, también en este nuevo vínculo, sus inseguridades e incertidumbre, lo que la llevó a realizar ciertas acciones que mitigaran un poco el sentimiento de inseguridad que surgía en ella cuando, por ejemplo, la otra persona no le respondía un mensaje:

...al toque [luego de que N. no le contestara] pensé ‘ay no puedo ser así’, pero es como que...no sé, ¿seré tan obsesiva? Me hizo acordar a una serie que vi⁵, que el loco acosa a la mina. En realidad el loco es de escorpio y tiene una personalidad rara (...) después de que terminé de ver la serie, leí algo sobre los hombres de escorpio...y ta, yo soy de escorpio (...) pero es como que ayer estaba ‘¿POR QUÉ NO ME CONTESTA?, ¿POR QUÉ NO ME CONTESTA?’, hasta me fijé la hora de conexión... (decimoquinta consulta).

N. rápidamente pasará a formar parte de esta serie de hombres a los que Mariana dirige su demanda. Alternadamente, tanto él como F., su exnovio, aparecen en su discurso, no pudiendo ninguno de los dos aplacar este sentimiento de soledad que experimentaba permanentemente:

...el problema mío es que no sé...ponele, extrañaba a F. el otro día, más bien de noche me pongo medio mal, al otro día aparece este [N.], y el otro se me va de la mente, pero queda este, y cuando no me contesta me pongo con rabia...como hoy temprano, que vio que le escribí anoche y estaba en línea como a las ocho, y me quedé re quemada... (decimosexta consulta).

Mariana parece no poder salir de la demanda a los hombres, con la consecuente angustia al no poder colmarla. Lo que le enoja -dice-, es que no le contesten los mensajes y, ante estas situaciones, verifica una y otra vez si la otra persona está *en línea* en *WhatsApp*, o a qué hora fue su última conexión. Dice no querer *ser así*, pero que no puede evitarlo: “...creo que debería estar sola”, dice al respecto (decimosexta consulta).

N. será también objeto de queja de Mariana en el terreno de lo sexual. Luego de salir una vez con él, Mariana cuenta que *tuvo un problema*:

⁵ La serie es “You”, popular thriller psicológico sobre acoso. Se emite actualmente por Netflix.

J.A. - ¿Qué pasó con N.?

M - Nada, que no funciona...me da vergüenza (risa)... la primera vez que nos vimos, a los tres segundos acabó y yo...¡nooo!...y ta, esperó un rato, y nada...me re quemé y me fui. Y la última vez que nos vimos, le pasó igual. Y ta, esperamos, se le paró de nuevo, y cuando se fue a poner el coso [preservativo], se le bajó, y ta...ya fue. Y ahí me dormí con él, y a las doce me fui (...) yo igual no sentí frustración. La primera vez me re quemé. Esperaba algo más, pero si no pasó no pasó (decimosexta consulta).

La vergüenza aflora cuando quiere contar este incidente, que terminó contando no sin ciertos rodeos. Luego de contarlo, insistió con que *debería* estar sola, y que no sabe *qué es lo correcto*: "...yo veo como que siempre dependo de otro (...) por eso la semana pasada decidí no escribirme más con N. extrañaba al otro (...) siento eso...no sé, no sé qué tengo que hacer para disfrutar el momento y no estresarme..." (decimosexta consulta).

Comenzando por su propio padre, siguiendo con sus eventuales parejas, incluso también en otros vínculos, los distintos hombres en la vida de Mariana se ubican en un lugar en donde, como dijo en su primera consulta, "le hacen mal".

2.2 "Mi madre es una descerebrada"

La madre de Mariana está radicada en el exterior, en donde, de alguna manera, rehízo su vida. Las circunstancias de su viaje son, por lo menos, confusas, y son relatadas por Mariana con gran enojo, un enojo aún vigente, pese a que han pasado ya siete años. Mariana no sabe *cómo hizo* su madre para irse, dejando atrás a sus hijos, y con esta frase lapidaria se refirió a ella en la segunda consulta.

Cuenta que su madre se fue del país "de la nada" en el año 2011, y lo que en principio serían algunas semanas de vacaciones, se transformó en una estancia definitiva, sin haber regresado nunca, hasta el día de hoy. Mariana evidencia rápidamente que uno de los núcleos de su conflictiva es la relación con su madre: "Me peleo con mi madre todo el tiempo. Ella se mandó la cagada, desde que se fue estoy enojada"; "...mi madre a veces desaparece y pasan meses que no sé nada". (Primera consulta).

No solo en la actualidad la relación de Mariana con su madre aparece como difícil e intermitente. Los recuerdos de su infancia que la involucran, cuando lo hacen, se presentan las más de las veces confusos, demasiado lejanos e inciertos, dejando entrever una profunda defensa contra ellos: "No me acuerdo casi nada de mi madre...pero no nos llevábamos muy bien"; "...no sé qué papel cumplía mi madre ahí [en la escena familiar]". (Primera consulta).

...me acuerdo una vez que iba caminando por la calle con mi madre, ahora me estoy acordando, y la trataba como si fuera mi hermana, no sé por qué (...) no sé, ahora justo me acordé de un día...mi madre es re baja, mide 1.50, yo tenía 11 y ya medía 1.50, y me acuerdo que un día me dijo como que estaba alta y pensé eso. Me acuerdo que sentí como que era mi hermana (...) sí, después de más grande es como que me acuerdo un poco más...me acuerdo de cosas pero no me acuerdo; me acuerdo todo a medias (...) nos llevábamos hasta ahí. (Segunda consulta).

El relato de Mariana ubica a su madre en una posición de cierto desinterés con respecto a ella. Son varios los pasajes en los que menciona que, cuando era niña, su madre *no le daba bola*, algo que Mariana ubica como una de las causas de su sufrimiento hasta el día de hoy:

...agarraba la bici y me escapaba para la casa de mi abuela, y al rato llamaba mi padre: «¡Vení para casa! ¿Qué hacés ahí?!», mi madre estaba siempre como «mutando», yo le decía: «Ma, me voy a lo de la abuela» y ella me decía que sí, no le importaba. Mi padre era el que me tenía más cortita. (Segunda consulta).

“...Mi hermano se re quería ir con la abuela, y a mi madre mucho no le importó. Mi madre estaba como en una nube de pedos, una tarada...”. (Segunda consulta).

Este aparente desinterés de su madre para con ella no se dio solamente en su infancia. Como se mencionó antes, también en la forma de relacionarse y de hacer valer su deseo, Mariana repite los mismos mecanismos, tanto en la relación con su madre como en sus relaciones de pareja. La forma de reconocerse en el otro es llegando al límite: “...*tengo una angustia...siento que mi madre me quiere y se preocupa por mí cuando estoy a punto de explotar*” (séptima consulta).

A medida que fueron avanzando las consultas, su madre surgió permanentemente, con más o menos relevancia en su discurso, oscilando siempre entre ser alguien odiado y demandado:

¿Mi mamá? (...) de a ratos siento que la odio, la odio, la odio, la odio... porque se fue a la mierda, y desde que se fue a la mierda yo empecé a bajar, a bajar a bajar, y después fui, y vi toda la mierda que era allá y seguí bajando, bajando mi ánimo... (Décima consulta).

Desde que su madre se fue, Mariana solo ha viajado a visitarla una vez, en el año 2016. Contó sobre este viaje en la primera consulta, y la experiencia es significada por ella como angustiante. Constató, de primera mano, que su madre estaba llevando una vida poco deseable, corroborando lo que le había dicho su padre en su momento, que su madre se había ido a vender droga.

Su madre formó otra familia en el exterior. Mariana tiene por parte de madre una hermana y un hermano. La pareja actual de su madre es referida despectivamente por Mariana como “El Viejo”. El Viejo es retratado como un déspota, y es manifiestamente odiado por ella. Acerca del viaje, dice:

Fui y fue horrible. El viejo ese de mierda no trabajaba, robaba y andaba en cosas medio turbias, y a mi madre la tenía metida en algo de eso también. (...) me quería traer a mis hermanas a Uruguay. Busqué trabajo y todo (primera consulta)

Al no conseguir trabajo, su padre le dijo que volviera, a la vez que su madre le propuso quedarse y vender drogas para ella: “Me quedé de cara” (primera consulta). Al volver del viaje se sentía muy mal, ya que extrañaba mucho a su madre y su hermana. Fue en ese momento que dejó su trabajo y, según sus palabras, “empezó a hacer cualquiera”. Luego de una sobredosis de ansiolíticos, despertó en una clínica psiquiátrica. Su padre se la llevó a X cuando le dieron el alta, momento en el que Mariana le contó lo que sucedió en el viaje de visita a su madre.

La demanda hacia su madre se vio intensificada cuando Mariana terminó la relación con F.: “En este momento me gustaría que esté ella. Me dejó F. y quiero que esté ella, porque no tengo amigos” (décima consulta).

“...Estoy extrañando mucho a mi madre y a mi hermana. A mi madre no la extrañaba tanto, pero ahora con esto de F. la extraño mal...”. (Décima consulta).

Llegué a la conclusión que como ya no estoy más con F., me imagino que ahora estoy **arriba** de mi madre todo el tiempo (...) me dio esa sensación, como que necesito que esté atenta a mí. Porque no tengo otra persona que esté atenta a mí, y con ella es con quien tengo vínculo más seguido, aunque vive lejos. (Decimotercera consulta).

Es a partir de este momento, el de la ruptura con su pareja, en el que se visualiza en Mariana el deseo casi desesperado de viajar donde su madre. Esta mujer apareció siempre en su discurso como alguien que no oficia de contención para su hija, haciendo visible en muchos momentos una profunda queja, y siendo el objeto casi permanente de su demanda de amor.

Los kilómetros de distancia entre las dos no hacen mella en Mariana a la hora de reclamarle a su madre su presencia, un reconocimiento de su propio deseo, que es expresado las más de las veces de forma explícita, sin dejar de lado cierta agresividad.

Al igual que como le ocurre con F. y con el resto de sus vínculos amorosos, experimenta ansiedad y angustia cuando su madre *la ignora*: “...siento que deja de darme bola de a rato, y

me hace calentar” (duodécima consulta). Este tipo de situaciones, que Mariana trajo casi consulta a consulta, hacen que ponga en acto cierta impulsividad:

‘Te extraño, ma’, le puse, y al otro día vi que lo vio, y después cuando me levanté le puse ‘no me contestaste, ¿estás?’ (...) ...y como no me contestó ahí no sé, le puse, ‘chau, olvidate de mí. No te juzgo como madre pero ya estoy aprendiendo sobre el abandono’. Al rato le escribí ‘perdón, solo te quería contar que iba a empezar a trabajar’ (duodécima consulta).

Son frecuentes en Mariana este tipo de reacciones de impulsividad a la hora de manejar la *frustración* en sus vínculos. Como se puntualizó, Mariana relató en varias oportunidades haber actuado de forma similar, no solo con su madre, sino también con otras personas que no respondieron a su demanda de la forma en la que ella esperaba o deseaba.

A tal punto se da la repetición de la demanda en los vínculos con su madre y con los hombres, que puede verse en su discurso manifiesto, por ejemplo, en el relato de cierta vez que había arreglado una reunión con algunas amigas y, llegada la hora, no tenía ganas de ir porque se sentía mal: “No quería ir, me sentía mal porque extrañaba a mi madre o extrañaba a F., **no me di cuenta bien a quién extrañaba**” (decimotercera consulta).

Mariana llega incluso a identificarse con su madre en el sufrimiento. Relató cierta vez una internación de su madre en el año 2006. Ese año su madre enfermó gravemente, motivo por el cual estuvo internada en terapia intensiva, y según palabras de Mariana, “casi se muere”. Mariana relaciona esta enfermedad con la ruptura de la relación entre su madre y M., su pareja hasta ese momento y padre adoptivo de Mariana: “**Ella es igual que yo**, termina con alguien y se ve que se empieza a sentir mal, mal, mal...”. Mariana insiste en la comparación con su madre: “**...ella siempre tuvo algo en los riñones, yo también tengo**. Yo tengo algo seguro, pero no voy a tratarme” (undécima consulta).

Mariana dice no saber el motivo por el que no se trata el tema de sus riñones, pese a que a veces siente algunos dolores. ¿Qué nos dice esto acerca de su posición en relación con su madre?

2.3 “Cuando yo nací, él ya no estaba”

Esta es la frase que usa Mariana para referirse a su padre biológico. No lo conoció hasta los 21 años, momento en el cual se reunió con él en dos oportunidades. Estos encuentros con su padre son momentos que Mariana relata con evidente displacer, sobre todo la segunda vez que se vieron, ya que él fue con toda su familia actual a encontrarse con ella. Según sus

propias palabras: “[mi padre] me generaba asco, rechazo (...) **me daba cosa tener dos padres**, no me gustó que me vieran con él” (Primera consulta).

Los recuerdos son casi nulos, y la figura en sí está teñida de resentimiento por haber tenido que ser ella quien lo buscara a él, y no al revés. En alguna oportunidad recordará un episodio en el que, siendo niña, veía pasar bastante seguido *un hombre* por la puerta de su casa, y que su madre, en una de esas oportunidades, la *escondió* dentro rápidamente.

El padre de Mariana también aparece retratado por su madre en una anécdota que le contó luego de su ruptura con F., como relató en una consulta: “mi madre me contó algo de mi padre biológico (risa)...**me dijo que sufrió pila por él...**”. (undécima consulta).

Cierta vez, un tiempo antes de que su madre quedara embarazada de ella, y estando de novia con su padre, ella estaba en su casa con una de sus mejores amigas por salir a un baile. La otra mujer le pidió que la esperara dentro de la casa, ya que tenía que ir a la esquina brevemente:

...la casa de mi abuela, donde vivía mamá, donde viví yo, es a mitad de cuadra. La amiga salió corriendo, y mi madre escuchó la moto de mi padre y se dio cuenta de que la loca se fue con él, con el que andaba mi madre. Ay, ahí ta, la quería matar mi madre...recién se unieron en el 2006, [su madre y esta amiga que protagoniza la anécdota] se ve que le dolió pila a mi madre (...) después estuvieron un tiempo sin andar juntos [su madre y su padre], y ta, **era medio como yo, se encerraba, no quería hacer nada...** (undécima consulta).

Es notoria la identificación a la madre en este punto. El sufrimiento por causa *de los hombres* parece ser algo que madre e hija comparten:

...entonces mi abuela le decía todo el tiempo que se levante, que haga cosas, pero mi madre nada...al tiempo quedó embarazada de mí, se ve que volvieron a andar y como que ella quiso intentar llamarlo [cuando Mariana nació] y él no se quiso hacer cargo, pero después cuando yo tenía tres años él pasaba siempre por enfrente de casa. Un día lo paró y le dijo ‘¿por qué estás pasando?’, no me acuerdo si fue mi madre o mi abuela, y él le dijo que era porque tenía un amigo en la esquina... (undécima consulta).

Mariana supone que su madre le contó esto, precisamente en ese momento en el que ella estaba atravesando el duelo por la ruptura con F., “para que vea que a ella también le rompieron el corazón”.

Es así como podemos pensar que una de las coordenadas de Mariana en el relacionamiento afectivo está en profunda relación con lo que fue, a su vez, la experiencia de su madre. En la vida de Mariana, los hombres -primero su padre- y, como una fatídica

repetición, el resto de ellos, aparecen como personajes a los que temer y que *rompen corazones*.

2.4 “Mi padre que me dio el apellido”

El padre adoptivo de Mariana es M., la pareja anterior de su madre, a quien se refiere al principio como “la persona que me dio el apellido”. M., se casó⁶ con su madre cuando Mariana tenía 7 años, y de él dirá que lo odió profundamente hasta que tuvo 17 años; es a quien ubica como padre *privador* del amor y el deseo de su madre y de su abuela:

“...yo lloraba mucho cuando mi madre se iba con la persona que me dio el apellido, que es mi padre, pero yo en ese momento no lo quería”. (Primera consulta).

“[a M.] ...lo odiaba con el alma. Es que me obligaba a hacer cosas (...) claro, ahora pienso y él me veía como re-hija”. (Primera consulta).

“Yo no quería salir ni a la esquina con él. No comía nada que me diera él, nada. Sólo quería que desapareciera. Así como apareció, que desaparezca”. (Primera consulta).

“...yo siempre lloraba por una o lloraba por la otra, porque yo quería estar con las dos a la vez, con mi abuela y con mi madre (...) no quería que se vayan de al lado mío” (Segunda consulta).

M., referido aleatoriamente por Mariana como “padre”, “padrastra” o “mi padre, el que me dio el apellido” es quien *hizo de padre* para ella. A lo largo del trabajo con Mariana, su padre ha aparecido en su discurso principalmente como alguien ausente. En el pasado, marcado por un profundo odio del que guarda algunos vestigios que han logrado verse en algunos momentos del tratamiento y que aparecieron como repetición en otros vínculos.

En la actualidad, si bien mantienen una buena relación, no es alguien a quien Mariana pueda recurrir en caso de necesitarlo, como quedó en evidencia promediando el tratamiento cuando Mariana estaba en dificultades económicas y no pudo pedirle ayuda. Este padre, además de ausente, también muestra en el discurso de la consultante algunos signos de inestabilidad. En la cuarta consulta, Mariana relató una discusión que tuvo su padre con el resto de la familia, así como la posterior puesta en acto de ese enojo, por ejemplo, manejando luego de haber tomado alcohol, y enviándole audios de WhatsApp a Mariana en tono amenazante, diciendo que se quitaría la vida.

⁶ Esta unión, además, inauguró un nuevo orden simbólico en tanto Mariana quedó inscripta en la libreta matrimonial con el apellido de él, teniendo hasta el momento el apellido de su madre.

“[mi padre]...es muy dramático. Ayer me puse mal, pero ta, al final, de tantas veces que te lo dice, si querés matarte, matate (...) al final nunca se puede estar bien. Estoy enojada”. (Cuarta consulta).

“Mi padre es inmaduro, se hace notar. A la semana se le pasa. El año pasado fue igual, estuve dos meses sin hablarle”. (Cuarta consulta).

“El mismo odio que sentía antes por él, lo siento ahora”. (Cuarta consulta).

Durante la quinta consulta, mientras hablaba de la situación con su padre, recordó un episodio que ocurrió cuando tenía 13 años:

Yo estaba escondida atrás de la puerta de mi cuarto y en eso entró M. Se fijó si había alguien pero no me vio. Hizo una llamada a una mujer que se llamaba H. Al otro día le pregunté a mamá ‘ma, ¿vos conocés a alguien que se llama H.?’ Se lo conté para que se separaran, porque yo lo odiaba [a M.], al final se re pelearon (quinta consulta).

Podemos observar aquí el punto al que llegaba el odio de Mariana por M., un odio intenso por ser quien la *separó* de su madre, pero principalmente de su abuela. En este relato podemos ver también cómo los distintos hombres de su vida, en este caso M., su padre de crianza, entran también en la serie de hombres que “hacen mal”.

2.5 “...a mi abuela la amo, pero hizo lo que pudo”

La abuela materna de Mariana aparece como el personaje más destacado en la novela familiar y tanto su madre como ella vivieron en su casa hasta que su madre contrajo matrimonio con M., momento en el que, como consecuencia de esta unión, Mariana y su madre se mudaron de allí: “...al tiempo nos fuimos [de la casa de su abuela], y yo estaba en el medio. No me quería ir de ahí, me re costaba irme. Me re costó. Me acuerdo de eso y me angustio porque pasaba mal” (segunda consulta).

Como se mencionó anteriormente, la abuela de Mariana es quien, según ella, *ocupó el rol de madre*. Los recuerdos de su infancia la tienen, en su mayoría, como protagonista principal, dejando relegada a su madre:

Me acuerdo que salía a hacer mandados con ella [su abuela], seguro que con mi madre también salía, pero no sé, no me acuerdo. Nunca me había puesto a pensar así si me acuerdo algo de mi madre (...) yo siempre o lloraba por una o lloraba por la otra, porque yo quería estar con las dos a la vez, con mi abuela y con mi madre (segunda consulta).

La relación de Mariana con su abuela siempre fue muy estrecha y, según ella, su abuela *le hacía todas las mañas*. Además, fue quien se opuso, aunque sin éxito, al cambio de apellido de Mariana, como consecuencia del casamiento entre su madre y M.:

supuestamente me preguntaron a mí [si quería tener el apellido de M. en lugar del apellido de su madre], y yo dije que sí, ¿qué iba a saber? (...) mi abuela se enteró en el momento que se estaban casando. Me acuerdo que se re enojó (segunda consulta).

En el comienzo de su adolescencia, Mariana consultó con un psicólogo. Cuenta que de grande le preguntó a M. por qué la habían mandado:

le pregunté a mi padre por qué me habían mandado al psicólogo y me dijo que era porque yo era un bichito y no quería salir nunca de casa y que **pasaba todo el día con mi abuela y no quería hacer nada más que estar con mi abuela**. Me dijo que mi abuela me absorbía (segunda consulta).

Este extracto es más que suficiente para dar cuenta de la relación que Mariana tenía con su abuela. Podemos pensar entonces, a modo de hipótesis, que en la medida en que Mariana ubica a su abuela como “ocupando el lugar de su madre”, constituyó a su abuela como ese Otro poseedor de la verdad, del universo simbólico y de la palabra, dejando entonces a su madre en el lugar del otro especular, con quien mantenía la relación en un nivel más imaginario.

Bastante entrado el tratamiento Mariana mencionará como al pasar que su abuela no es la madre biológica de su madre, sino que entre ellas son primas con una marcada diferencia de edad, y que fue la muerte de la madre biológica de su madre, y a su vez, la muerte prematura del hijo de su abuela, lo que llevó a que esta la adoptara:

¿No te conté que mi abuela, la que yo digo que es mi abuela, que falleció, la que crío a mi madre, son primas entre ellas? (...) Son primas con una gran diferencia de años. Mi madre era la más chica de 6 hermanos. La madre biológica de mi madre murió de cáncer cuando ella tenía tres años, y antes de morir le dijo a mi abuela que se la llevara y que la criara ella, en realidad son primas (...) a mi abuela se le había muerto un hijo a los 15 años, y se había ganado una casa que es en la que nací, y justo **cayó** mi madre, era como algo lindo (undécima consulta).

Su abuela enfermó cuando Mariana tenía alrededor de quince años. A raíz de un accidente cerebrovascular desarrolló luego una demencia senil, lo que fue deteriorando poco a poco su salud. En relación con esto, Mariana cuenta que en esta época comenzó a llevarse mal con su abuela ya que la situación “le daba rabia”, debido a que su abuela se olvidaba de las cosas como consecuencia de su enfermedad.

Mariana atribuye la enfermedad de su abuela a “los nervios que [su abuela] pasó ese año [2007, el año en el que tuvo el ACV]” y relaciona estos “nervios” de su abuela a la relación de

esta con su madre: "...me acuerdo que un día me dijo 'tu madre está más gorda, ¿no estará embarazada?' Yo le dije 'ay no abuela, callate' y al final sí, estaba embarazada y a punto de tener a mi hermana" (segunda consulta). Durante el tratamiento fueron muchas las oportunidades en las que Mariana dio cuenta de la relación de su abuela con su madre. En su discurso se puede vislumbrar que no existía demasiada delimitación entre generaciones y que su abuela trataba a su madre como si aún fuera una niña, por ejemplo "rezongándola".

La abuela falleció hace más de dos años. Mariana evidenció durante el tratamiento estar atravesando aún el duelo por su pérdida, muy significativa para ella. Fueron numerosas las ocasiones en las que Mariana dijo haber soñado con su abuela; algunos de esos sueños fueron llevados por ella a la consulta:

Siempre que sueño con mi abuela son sueños como que me peleo con ella (...) anoche soñé que le decía a mi abuela que tenía que comer, y que ella decía 'no puedo' '¿Pero por qué no podés comer!?'; yo a veces no puedo comer de los nervios, de lo mal que me siento, pero trato, y ayer en el sueño le dije: 'bueno, yo a veces estoy triste y tampoco tengo ganas de comer y tengo que comer igual...' (...) mi abuela comía poquito y yo trataba de cuidarla todo el tiempo...ay no sé, es un viaje mi abuela (decimoquinta consulta).

Pronto la abuela de Mariana será mediada por otros significantes, ya no tanto remitidos al duelo, sino a su elaboración. Como ejemplo de esto podemos mencionar el caso del fanatismo de Mariana por Nacional. A lo largo del trabajo con ella, Nacional ocupó mucho de su relato. Fueron muchas las veces que Mariana contó haber ido a la cancha, haber visto los partidos, incluso haber *llorado* por su equipo. El significante *Nacional*, pudo ser puesto en relación con algo de la historia familiar, particularmente en lo referido a su abuela:

Es como que cuando llego a la cancha se me van todos los problemas, no sé...está demás...es como que estar ahí es lo mejor del mundo. El otro día mirando el partido que Nacional ganó 6 a 0⁸, en una me puse a llorar mal, y puse en el celular el himno de Nacional que canta el "Canario" Luna... y me acordé de mi abuela, porque ella siempre me contaba. Antes de que adoptara a mi mamá, ella tenía un hijo que estuvo internado acá en el Clínicas como tres o cuatro meses, y era fanático de Nacional, tenía fotos de jugadores que lo iban a ver... tuvo un golpe jugando al fútbol, y ahí descubrieron que tenía un cáncer en los huesos, falleció de adolescente. Entonces mi

⁷ Esta frase fue pronunciada con voz fuerte, como de un grito contenido. Su eco parece ir más allá, y estar dirigida a alguien más.

⁸ Partido por el Campeonato Uruguayo. Nacional 6 - River Plate 0. Sábado 6 de abril de 2019.

abuela me contaba que desde acá, del hospital, se veía el [Estadio] Centenario y veían cuando jugaba Nacional, entonces yo *deducí (sic)* que esta locura que tengo ahora, porque siempre fui de Nacional, pero nunca había ido tanto a verlo como ahora... entonces deducí (sic) que capaz que lo estoy haciendo *inconscientemente* por mi abuela... (vigésimosegunda consulta).

Vale la pena destacar el hecho de que su abuela hizo el duelo de su hijo en el mismo lugar físico en el que Mariana, ahora, estaba elaborando algo del duelo por su abuela.

2.6 “Un bebé”

“Yo soñaba con que dejaran un bebé en una canasta en la puerta de mi casa, como un regalo (...) yo ni ahí pensaba en tener hijos hasta que F. tuvo un hijo. Me dio envidia” (sexta consulta).

La cuestión relativa a tener un hijo pudo verse desplegada en el discurso de Mariana en varios pasajes del trabajo clínico. Esta frase, en la que da cuenta de un deseo infantil de tener un hijo, fue pronunciada por ella en relación con un recuerdo de su infancia, diciendo que se sentía *feliz cuando no había nadie más* que ella, su madre y su abuela.

En otro momento, luego de terminar la relación con F., comentó que tenía *un atraso* y que *no le venía*. A raíz de esto, y luego de realizarse un test de embarazo que dio negativo, concurrió al hospital a realizarse un examen de orina:

[el examen de orina] me dio negativo pero pregunté si podía hacerme de sangre también. Me dijeron que sí, pero ta, me fui (...) **era como que por un momento quería quedar embarazada, y ahí me la agarré con mamá, porque no me contestaba otra vez los mensajes** (duodécima consulta).

Se le preguntó oportunamente sobre este deseo suyo de tener un hijo, y mencionó tener dudas acerca de su fertilidad: “te juro, yo siento que soy re estéril (...) he estado pila de veces sin cuidarme, y nada...igualmente ahora cuando tenga cobertura me voy a hacer estudios, para sacarme esa duda que tengo” (duodécima consulta).

Como relató en la primera consulta, Mariana ubica el momento en el que F. se convirtió en padre como el momento en el que su relación comenzó a decaer y en el que los sentimientos de inseguridad y miedo por los cuales consultó al servicio comenzaron a generarle angustia.

¿Qué operó en Mariana en el momento en el que F. fue padre? Mariana llegó, de algún modo, a *rivalizar* con ese niño:

Creo que me puse celosa porque lo iba a ver al hijo. Es como que no entiendo por qué me pongo celosa, no quiero ponerme celosa (...) soy re celosa. Soy celosa con mis amigas también (...) estaba celosa de mi madre cuando era chica, quería que se separara. La quería solo para mí (tercera consulta).

Otro episodio relacionado a este niño tuvo lugar poco tiempo después, cuando Mariana relató algo que le sucedió estando en la sala de espera del médico, en donde reconoció a la madre del hijo de F. con el niño. Al cabo de un rato de estar allí, Mariana se paró y *sin saber por qué*, en un momento en el que se cruzaron de frente, acarició la mano del bebé, al tiempo que le dijo “hola”. La madre, lógicamente, preguntó quién era, y luego de reconocerla comenzaron un entredicho momentáneo. Mariana salió junto a su amiga a la calle a fumar un cigarrillo, y a la vuelta la otra mujer la atacó violentamente:

...de la nada me agarró de los pelos, me empezó a tirar el pelo, me lastimó la oreja (...) nos separaron los guardias de seguridad. Me pusieron en una salita con los de seguridad y una enfermera. En un momento me preguntaron si quería hacer la denuncia, y les dije que sí (...) habrá pasado una hora y le mandé un mensaje a F. contándole (...) me empezó a decir ‘sos una estúpida, ahora por tu culpa no voy a poder ver más a mi hijo’ (...) después con mente fría fui y bajé la denuncia, pero lo hice pensando que capaz F. me iba a decir ‘gracias’ o para vernos, o algo. Lo hice por él y por el hijo (undécima consulta).

En algún momento dirá, en relación con la madre de ese bebé, C., la expareja de F. que ella *no aprovecha al niño*, y que esto le produce rabia. La realidad es que C. fue internada en una clínica psiquiátrica un mes después de dar a luz, habiendo transitado un embarazo complicado desde el punto de vista de su salud mental, ya que, según dijo Mariana, C. afirmaba “tener un demonio en el útero” (tercera consulta).

La cuestión de la maternidad atraviesa casi todas las consultas con Mariana. El siguiente es un extracto de la decimoctava consulta, en la que la maternidad surgió nuevamente:

J.A. - ¿Qué significa eso de que ‘querés estabilidad’?

M - No sé, quiero tener mi casa, no quiero vivir más ahí (...) ay, es vergonzoso esto, pero no sé por qué quiero tener un hijo... (se ríe)

J.A. - ¿Querés tener un hijo? ¿En este momento?

(Silencio)

J.A. - ¿Y de quién?

M - (Risa) No sé. O sea, no ahora quiero tener un hijo, no ya. Pero me gustaría, es como que cada vez me dan más ganas

J.A. - ¿Y por qué te parece vergonzoso?

M - ¿Decirlo? Porque no tengo pareja, porque no tengo trabajo, porque vivo en una residencia y porque... (Silencio)

J.A. - Recuerdo cuando nos contaste que te habías hecho un examen, cuando creías estar embarazada, y que por un segundo deseaste que diera positivo...

M - Sí...

J.A. - ¿...sentías ese mismo deseo que ahora?

M - Sí...

J.A. - ¿O era porque era de F.?

M -No (...) ay es raro esto...

J.A. - ¿Por qué raro?

M - No sé, me da vergüenza...

J.A. - ¿Vergüenza contarlo? ¿Sentirlo?

M - No, contarlo. Sentirlo no (...) no tengo a nadie con quién planearlo. No sé por qué quiero tener un hijo, es como que quiero sentir tener un hijo en la panza.

J.A. - ¿Te había pasado antes de ahora?

M - Sí, la otra vez. En realidad creo que es desde que conocí a F.... (risa)

J.A. - ¿Te acordás cuando nos contaste que una vez de chica te imaginabas que te dejaban un bebé en la puerta de tu casa?

M - Ay, sí. Soñaba que me dejaran un bebé, pero quería que sea mi hermano (...) porque no tenía hermanos. No era que soñaba, es como que siempre quería me dejaran un niño.

Obviamente que yo no lo iba a cuidar, lo iba a cuidar mi madre (Decimoctava consulta).

Podemos pensar esta cuestión relativa a tener un hijo, como la expresión de una fantasía vinculada a lo puramente edípico en Mariana, dejando en evidencia un posicionamiento inconsciente que remite a la búsqueda del *falo* paterno en la forma de un *hijo*.

2.7 “Mi época turbia”

“Era 2015, nada, no sé, me mandaba cualquiera...”. Su expresión cambia. Sus palabras se hacen entrecortadas. Evidencia vergüenza ante lo que quiere decir: “...bueno, les voy a contar...robaba.” (duodécima consulta).

Con este significante (“época turbia”) se refirió Mariana a toda una época de su vida, situada a partir del año 2015, de la que, resultando en un gran alivio para ella, habló por primera vez en el duodécimo encuentro. Luego de haber conseguido trabajo en una cadena de locales de cobranza concurrió a consulta, en donde mencionó haber trabajado antes en la misma cadena, y tener experiencia en ese puesto, pero que había omitido esa información en

la entrevista para el nuevo puesto debido a que, según sus palabras, *se había ido mal de ahí*: “...a veces iba un viejo que no tenía ni idea, a ver si había ganado algo, y de repente había sacado 500 pesos y nosotras le decíamos que no tenía nada, y nos quedábamos con la plata” (duodécima consulta).

No solo robaba en su trabajo, sino que también lo hacía en supermercados y mencionó que incluso actualmente le sucede de sentir impulsos de tomar cosas, impulsos que a veces no resiste: “...es como que a veces tengo la necesidad de hacerlo...ay qué suerte que lo dije, porque lo tenía que decir en algún momento” (duodécima consulta).

Esta época estuvo signada por una relación de pareja que Mariana mantuvo con A., un joven menor de edad en ese momento, quien vivía en una residencia del INAU para menores infractores, residencia en la que ella también vivió. Sobre A. cuenta que “era un plancha” y que no sabe “qué le veía”. Esta relación aparece en su discurso como una relación difícil, en la que la violencia en el trato fue por momentos recurrente:

Tenía un novio que era medio plancha (...) yo no trabajaba, vivía con una amiga, hacíamos comida para vender (...) empecé el liceo (6to.) en marzo, y conocí un grupito y pasábamos tomando vino todos los días. Empecé a tomar mucho alcohol...(duodécima consulta).

A raíz de esto cuenta que su amiga se cansó de ella y la echó. Dice que igualmente se fue de allí “con mucho orgullo”. Trabajaba en un *call center* al que iba generalmente sin dormir y de resaca, llegando incluso a vomitar y quedarse dormida en su puesto de trabajo. Se fue a una residencia, la primera que encontró, y cuenta que en esa época ya mezclaba el alcohol con las pastillas, lo que la hacía olvidarse de cosas. Menciona incluso que la elección de cuarto en la residencia fue confusa debido a las pastillas, y que cuando fue a ocupar la habitación se encontró con un cuarto distinto al que había visto y señalado días atrás:

...tomaba pastillas y como que me olvidaba de las cosas, te juro que yo había visto el cuarto y estaba re lindo, pero cuando fui unos días después, era un asco todo. Era re chiquito, no quería salir de ahí adentro, si salía era solo con mis amigos, de joda (duodécima consulta).

En esa residencia estuvo un mes, sin trabajar, pero buscando, ya que la habían echado del *call center* en el que trabajaba. Fue allí donde conoció a A: “[la residencia] era del INAU, te juro, un asco todo. Yo no sé cómo aguanté...ay, qué asco... (la mueca de asco pone en acto el sentimiento revivido)” (duodécima consulta).

Mariana dice que no sabe por qué le atrajo este chico y que empezaron una relación aunque a ella no le gustaba mucho. Pasó un tiempo, hasta que la echaron de allí por

alcoholizarse y hacer mucho ruido, además de haberse metido a su dormitorio con A., siendo él menor de edad. En ese momento fue que empezó a trabajar en el local de cobranzas, y allí empezó a robar: "...mi primer robo creo que fue una tinta (risa) estaba re borracha. Eso y un shampoo, creo, (...) y ahí dije: 'esto es re fácil'" (duodécima consulta).

Luego de comenzar a trabajar en el local de cobranzas, Mariana se mudó con A.: "...no me gustaba, no sé por qué me fui. Era un desastre todo, me acuerdo que yo lo obligaba a robar en el super...(risa)" (duodécima consulta).

Cuenta que este chico tenía antecedentes por robo, y que ella le decía "no seas cagón, andá a sacarte unas tapas de empanada", incitándolo a que robara, pese a que no lo necesitaban, porque Mariana estaba trabajando. Según ella: "...ahí volvió a la misma, gracias a mí, creo...".

La agresividad, como se explicitó, fue la constante en esta relación. Agresividad que, incluso, llegó a ejercer en ella misma una vez, autolesionándose bajo el efecto de pastillas y alcohol luego de una pelea:

...esa vez me corté un brazo. Había tomado pastillas y alcohol. Al día siguiente fui a trabajar con un moretón gigante acá [se toca el brazo], y una mordedura...y él ya no estaba al lado mío...no me acuerdo de nada, no sé qué pasó, sé que pasó algo porque el dueño de ahí me preguntó si estaba bien, pero nunca supe qué pasó (duodécima consulta)

Además de los robos, Mariana ubica en esta época ciertos comportamientos e impulsos que la pusieron muchas veces en peligro. El consumo excesivo de drogas y alcohol, sumado a situaciones en las que el sexo fue protagonista, hicieron de esta "época turbia" un derrotero difícil para Mariana.

Cierta vez relató una situación a la que se *expuso* y que, afortunadamente, no tuvo las consecuencias que podría haber tenido:

...es horrible esto...una noche me re mamé, y me dio pila de ansiedad, y me tomé unas pastillas (...) **ahí me re olvidé** (...) y unos locos me encontraron...no me acuerdo de los locos, me acuerdo de un ómnibus, y lo siguiente que me acuerdo es que estaba en A⁹ fumando pasta base... (duodécima consulta).

⁹ Con motivo de mantener la confidencialidad del caso se optó por no mencionar el nombre del barrio, solo se dirá que es un barrio considerado como "zona roja" debido a la violencia aparejada al tráfico de drogas.

Dio algunos detalles de la situación en la que se vio apenas recobrada la conciencia. Cuenta que estaba en una habitación donde había alguien roncando y “un negro andaba con un arma por un pasillo”. Uno de los hombres que se encontraba allí se le acercó a Mariana con visible interés sexual y ella se rehusó, a lo que él replicó diciéndole “bien que antes te dejaste dar besos”. Esto causó sorpresa en Mariana, al comprobar todo lo que había sucedido sin que lo recordara.

En ese momento cuenta que *se empezó a sentir mal*, y que el *último recurso* que tuvo fue llamar a A. y decirle lo que pasaba, ya que tampoco tenía dinero.

El fin de este pasaje de excesos parece darse cuando, a la vuelta del viaje que hizo en 2016 a visitar a su madre, Mariana “cayó”¹⁰ internada en un sanatorio psiquiátrico, hecho que también mencionó, aunque al pasar, en la primera consulta. Este momento es en el que Mariana “se fue rescatando cada vez más”, haciendo referencia a la disminución del consumo de alcohol y drogas. En esta época alternó algunos trabajos, siempre con bajo rendimiento. Al respecto dice: “(...) *era como que me iba siempre de los trabajos, re inestable todo...*” (duodécima consulta).

Concretamente sobre esta etapa de su vida podemos observar la puesta en acto de aspectos inconscientes de Mariana, en donde no parece haber dique a las pulsiones. La agresividad, la sexualidad, los excesos y los impulsos auto y hetero agresivos forman parte del repertorio de conductas que Mariana fue poniendo en juego en esta “época turbia”.

2.8 Demanda, transferencia, deseo

En este apartado se expondrán algunas puntualizaciones extraídas del caso relacionadas a estos tres ejes, la demanda, la transferencia y el deseo, entendiendo estos elementos como profundamente relacionados.

A lo largo del trabajo clínico la posición discursiva de Mariana fue cambiando. Partiendo de su motivo de consulta manifiesto, a saber, *no poder* sostener relaciones de pareja, la insatisfacción general que impregna sus vínculos, y sus caóticas elecciones de objeto, pudieron observarse ciertas repeticiones de este mismo padecimiento en otros ámbitos de su vida, incluso dentro del espacio de consulta, así como ciertos movimientos, posibilitados quizás, por el tiempo de trabajo que pudimos sostener con ella, bastante más extenso del que suele darse en una intervención de estas características.

¹⁰ Dicho textualmente.

Lacan (1966) plantea que la experiencia psicoanalítica no tiene otro mediador que la palabra del analizante, y que “toda palabra llama a una respuesta (...) no hay palabra sin respuesta, incluso si no encuentra más que el silencio” (p. 241). Siguiendo al autor, podemos decir que toda palabra es un llamado a la presencia del Otro. La llamada se articula, en el registro de lo simbólico, en el par presencia-ausencia, como muy bien ilustró Freud en el caso del juego del *fort-da* (Freud, 1920). Se trata de la inscripción del sujeto en el registro de lo simbólico. En el par presencia-ausencia del Otro se funda el par mínimo de representaciones, lo que constituye la captación del ser humano por el lenguaje.

Toda palabra llama a una respuesta, porque toda palabra viene del Otro y, en el dispositivo analítico, es el analista quien está posicionado en ese lugar de respuesta, y ya sea que el analista hable o guarde silencio, está dando una respuesta a esa palabra, puntuando el discurso (Lacan, 1966).

Lacan hace una distinción entre palabra plena y palabra vacía. Cada una de ellas se define por oposición a la otra. Así, con palabra vacía, Lacan designa a casi todo lo que sale de la boca del analizante en el encuentro clínico. Todas sus exteriorizaciones conscientes, todo aquello que hace obstáculo a la tarea analítica y al surgimiento del material inconsciente. La palabra plena, sin embargo, es todo aquello que en la palabra esconde al sujeto. El sujeto del que se trata aquí no es el individuo que está hablando, sino el sujeto del inconsciente. El sujeto del inconsciente es evanescente en su función, es decir, no puede ser acotado a un significante ya que se encuentra en el espacio entre significantes. El sujeto del inconsciente es lo que hay que hacer surgir en el dispositivo analítico. La palabra plena podríamos ubicarla en los lapsus, los actos fallidos. Allí donde el discurso tropieza, donde existe una discontinuidad en la cadena signifiante, es donde aflora el sujeto, y con él, la palabra plena.

Al permitirle a Mariana desplegar su palabra, también nos posicionamos en el lugar de oyente que esa palabra dirigida a nosotros nos impone. La forma de enunciar de Mariana acerca de lo que le causaba sufrimiento, atravesó el umbral de la queja, situada siempre del lado del otro, para tomar la forma de asociaciones de su malestar con ciertos aspectos de su vida, tomando nuevas significaciones, como pudo verse en algunos pasajes del caso: “Lo que estaba pensando, porque a veces me analizo, es que capaz que me estaba tratando de adaptar y vienen a separarse. Capaz que fue eso, que me enojó la situación.” (Sobre la separación de sus padres, segunda consulta).

El llamado que hace el sujeto a través de la palabra es un llamado a la verdad (Lacan, 1966). Esta verdad no se sitúa *más allá* del decir, sino que está en el discurso mismo y no tiene

relación con la exactitud, sino que es del orden de lo subjetivo, de una cierta verdad que vale para el sujeto.

Al poder construir algo de esa verdad, es que pudimos observar algunos cambios de enunciación de Mariana, logrando preguntarse e implicarse en su sufrimiento: "...al toque pensé 'no puedo ser así', pero es como que...no sé, **¿seré tan obsesiva?** (...) pero es como que ayer estaba '¿POR QUÉ NO ME CONTESTA?, ¿POR QUÉ NO ME CONTESTA?'" (Decimoquinta consulta).

Es interesante remarcar, al respecto de este último pasaje citado, la ambigüedad de la demanda. Si bien en este caso se refiere a N.¹¹, un joven con el que empezó a relacionarse luego de la ruptura con F., pudo verse en el desarrollo del caso que tanto a su madre como al *partenaire* de turno, Mariana dirige la misma demanda y se encuentra con la angustia al no obtener respuesta.

A propósito de este pasaje, fue muy llamativo, también, el traslado instantáneo de la demanda al espacio de consulta. Luego de pronunciar la frase citada más arriba "¿Por qué no me contesta?", hizo un silencio, y preguntó: "¿No me van a decir nada? Algo de mi personalidad (...) ¿una mini evaluación mía?, ya que nos conocemos hace cuatro meses (risa)" (decimoquinta consulta). Algo que se relaciona con su sufrimiento estaba siendo puesto en juego, y Mariana dirigía su demanda hacia quien *supone* que sabe sobre él. Mariana así nos ubicaba transferencialmente como ese Otro donde se encuentra el saber, saber acerca de su sufrimiento.

En relación con la transferencia, si bien no es el centro de este trabajo, sí se puntualizarán algunos aspectos de la obra de Lacan, para poder pensar la transferencia en el caso, articulada en los diferentes registros.

Lacan (1964) hace una reconceptualización de la transferencia freudiana, primeramente posicionándose en contra del tan mentado concepto de *contratransferencia*, diciendo que "La transferencia es un fenómeno que incluye juntos al sujeto y al psicoanalista. Dividirlo mediante los términos de transferencia y contratransferencia (...) nunca pasa de ser una manera de eludir el meollo del asunto" (p. 237). En su lugar, dirá que la transferencia está estrechamente relacionada al deseo, y que se articula a dos vertientes de éste, el deseo del sujeto y el deseo del analista. Junto al deseo emergerá la demanda, articulada con significantes. El sujeto, en tanto sujeto de deseo demanda al analista un saber, saber que le supone como lugar de la palabra.

¹¹ Ver Cap. 2.1.

Por otra parte, el deseo del analista está vinculado a la importancia de la palabra, que es la que va a revelar la verdad en el análisis. Con “la palabra”, Lacan no se refiere únicamente a palabras en tanto sonidos emitidos, sino a todas las manifestaciones del inconsciente, como los sueños, los lapsus, los actos fallidos: “En el análisis, la verdad surge por el representante más manifiesto de la equivocación: el lapsus, la acción que propiamente se llama fallida. Nuestros actos fallidos son actos que triunfan, nuestras palabras que tropiezan son palabras que confiesan” (Lacan, 1957-1958, p. 386). Es tarea del analista, entonces, recoger esas manifestaciones y posibilitar la creación de nuevas significaciones, nuevas interrogantes con relación al malestar que aqueja al analizante.

Lacan ubica a la posición de sujeto supuesto saber (Lacan, 1964) como condición para el establecimiento de la transferencia. Allí es donde es esperable que el analizante coloque al analista, suponiéndole un saber sobre su síntoma y sobre su sufrimiento.

Podemos ubicar varios momentos en los que, por ejemplo, Mariana dijo *no saber* a qué había ido a consulta ese día o, directamente, que no quería hacerlo, poniendo a cuenta de la “obligación” el hecho de haber concurrido: “...no quería venir (...) vine porque si no venía sentía que no iba a cumplir con el horario y los iba a dejar *clavados*...vine porque siento como esa obligación de venir” (decimoctava consulta).

Podemos relacionar esto a cierto carácter *imaginario* de la transferencia, que reconocemos como un obstáculo a la tarea analítica. Es importante para ella no “dejarnos clavados”, como si temiera un juicio adverso por nuestra parte y buscara agradarnos y no defraudarnos. La vertiente imaginaria de la transferencia podría homologarse a la concepción freudiana de la resistencia del analizante (Freud, 1912). Esta dimensión de la transferencia es la que podemos reconocer como la que hace que el analizante se interese por el analista en tanto persona. A veces, esto puede verse en preguntas directas hacia el analista, preguntas acerca de su vida privada o su familia, es decir, interés por el analista como semejante, como otro especular.

Al respecto del último pasaje citado, si bien la “obligación” en la que se ve Mariana para con nosotros y con el espacio podemos ubicarla como la vertiente imaginaria de la transferencia, la forma en la que respondimos a esto posibilitó que se abrieran nuevos caminos de significación, como podemos observar en el recorte:

M - (...) vine porque si no sentía que no iba a cumplir con el horario y los iba a dejar clavados...vine porque siento como esa obligación de venir

J.A. - Este es tu espacio, y también es tu espacio si decidís no venir. El trabajo que hacemos acá está bueno hacerlo cuando uno quiere hacerlo. Eso de la “obligación” es para otros espacios.

(Silencio)

J.A. - ¿No tenés muchas ganas de hablar hoy?

M - No, no sé, no sé... ¿querés que hable de mis sueños?

J.A. - Yo no quiero que hables de nada en particular, sino de lo que tengas ganas de hablar.

M - Bueno, te hablo de mis sueños, ya que la semana pasada hablé de mis sueños también.

Anoche anoté uno... (decimoctava consulta).

Esta respuesta a la manifestación por parte de Mariana de sentirse obligada a ir a la consulta posibilitó que se apropiara del espacio. Al puntuarle que su ausencia es también un significativo que se articula en la dinámica transferencial, pudo facilitarse la aparición de otros sentidos a su discurso. En este ejemplo podemos reconocer algunos aspectos a mencionar: la resistencia que Mariana pone en juego es decididamente débil, en tanto casi no oculta el deseo de contar su sueño. Su sueño está ahí, esperando ser escuchado por alguien que pregunte. El sueño que contó luego de esta intervención es algo caótico, poblado de imágenes que se superponen:

...soñé que mataban a la madre del bebé de F. (risa) pero yo no entendía cómo la habían matado (...) después me enteré que tenía leucemia, de la nada, y después aparecí en la cuadra de mi casa de cuando era chica, y estaba entrando a la casa de una vecina que era como mi abuela, y estaban las nietas que eran mis amigas en la infancia. Y cuando voy entrando, alguien me dice 'mirá, esa es la nena de F.', la nena tenía como siete años, con el pelo largo, y se parecía a mí. Una de las nietas de mi vecina me dijo 'te estábamos esperando, F. está acá', y ahí terminó (decimoctava consulta).

Al pedirle asociaciones sobre este sueño, Mariana dirá que "asocié que capaz la nena era yo porque la vi que me miraba fijo, y la vi morochita, con el pelo largo, flaca, como era yo cuando era chica...". Mariana pone en juego una resistencia imaginaria a la hora de contar un sueño, resistencia que pudo -en parte- franquearse con la intervención. El relato del sueño da cuenta de una búsqueda de sentido, es decir, del pasaje al nivel simbólico de la transferencia, en donde Mariana pone de nuestro lado el *saber* sobre el contenido de su sueño.

Otro detalle, que no es menor, en donde podemos dar cuenta de la transferencia, radica en el hecho de que Mariana manifestó en varias oportunidades sentir *dolor de cabeza* justo en el momento previo a concurrir a la consulta:

M - Ayer salí y lo más bien, hoy justo que tenía que venir acá tengo un dolor de cabeza...

J.A.: ¿Hoy justo que tenías que venir te duele la cabeza?

M - Sí. No, pero me empezó a doler antes. Es de cansancio (octava consulta).

Podemos pensar sus dolores de cabeza (fueron recurrentes las referencias a esta dolencia *justo* cuando tenía consulta) como la evidencia de lo real de la transferencia, presente justamente en el *dolor*. Algo que *le hace doler la cabeza* se está moviendo y poniendo en juego en el espacio, este dolor de cabeza no le ha impedido a Mariana concurrir a la consulta, siendo incluso llevado por ella al espacio y, cerca del final del tratamiento, pudo ponerlo en relación a su padecimiento, articulando a lo simbólico y lo imaginario este *dolor de cabeza*: “Siento que a veces *me hago la cabeza*, pero venir acá es como que me ayuda a no pensar tanto y a hablar” (decimonovena consulta).

Esto se marcó oportunamente en la consulta, devolviéndole algo de lo que nos había depositado con sus *dolores de cabeza*.

Otro de los aspectos que dan cuenta de la transferencia en el registro simbólico pudo verse, por ejemplo, en la proliferación de sueños que Mariana llevó a la consulta, esperando que sea nuestro saber supuesto el que resignifique este material y le otorgue un sentido.

A lo largo del trabajo, Mariana puso en acto una y otra vez ese corte, esa desaparición del campo del Otro, tanto con ausencias repentinas, avisos de atraso y rectificaciones casi instantáneas de la hora de llegada -puntual-, así como también con consumadas llegadas tarde. El *aburrimiento*, significante que representaba primeramente a sus relaciones, luego puede verse también en su discurso hacia nosotros, (“me aburren los psicólogos”, dirá en la primera consulta, lo que constituyó un primer desafío a la transferencia), así como también en su trabajo y en la residencia donde vive.

Son algo significativos, también, algunos pequeños cambios de posición subjetiva de Mariana con relación a la demanda del otro, que se dieron durante el trabajo clínico. Inicialmente partimos de un textual y monóptico “no sé decir que no”, dicho para significar la relación que mantenía con F., pero que luego sería también la moneda corriente en otros ámbitos de su vida:” No puedo decir que no. No le puedo decir que no a nadie. Me re cuesta decir que no, y menos a él. Él sí me dice que no, pero yo no puedo. Y si le digo que no, después me siento mal”. (Tercera consulta).

Este pasaje es elocuente al respecto de su posición subjetiva, en donde se pone en juego algo del orden de la *culpa* al fallar a la demanda. A medida que transcurrían las entrevistas, Mariana pudo desplegar algo de su verdadero deseo, disipando el resto de auto imposiciones o demandas externas. Esto pudo verse, entre otras cosas, en relación a F. Al principio, en tanto eran pareja, la dinámica de la relación era de mutua demanda, pero, con la salvedad de estar un tanto desencantados en su deseo para con el otro.

Fueron varias las ocasiones en las que el discurso de Mariana dio cuenta de esto, relatando las idas y venidas de sus des-encuentros con F., en los que se visualizaba una dinámica de demanda - ausencia, en la que uno de los dos *buscaba* al otro, y esto provocaba que la persona demandada se alejara, lo que fue señalado oportunamente en una de las consultas:

...no sé por qué me pasa esto, siempre me pasa lo mismo. Cuando **esa persona** está re pegote yo estoy re anti. Y no quiero ser así. Quiero estar bien. **Que sean pegotes juntos, o separados, o juntos, no sé** (sic). (Octava consulta).

La ruptura de su relación con F. posibilitó que Mariana se permitiera atravesar una situación que ella misma había insinuado muchas veces querer atravesar, incluso siendo “todo el mundo” quien también la instaba a ello. En su fantasía, era ella quien lo dejaba a él, al punto que incluso cuando la disolución del vínculo sentimental por parte de él fue de hecho, es decir en la realidad, Mariana equivocó y contradujo su discurso en el momento de contarlo en la consulta, diciendo finalmente que había sido mutuo, sin que pudiera demasiado dar cuenta de esa versión.

Esta ruptura pudo también oficiar como separador entre su deseo y la demanda proveniente del otro, a la que estaba por completo alienada. La figura de F., duelo mediante, pasó a ser mediada por otros significantes, para finalmente oficiar de *residuo*, y ser *usado* por ella solamente para satisfacer su deseo sexual: “[con F.] ahora lo único que quiero es coger...ay, no puedo creer que lo dije...ya está, es solo eso, no me interesa para nada el loco porque sigue siendo el mismo duro¹² de mierda” (Decimonovena consulta).

Su expareja también pudo ser nombrado con otros significantes, por ejemplo “el muchacho”, incluso también como “el innombrable”, lo que constituyó una demarcación de su propio deseo:

Me quiero ir [donde está su madre], y mi madre no me da bola. Me dice ‘bueno, vemos...dos meses, tres, cinco’. Yo me quiero ir en abril (...) y ta, después me puse triste porque extrañaba al muchacho (risa).

J.A. - ¿“Al muchacho”? ¿No lo nombrás más?

¹² El significante “duro”, en este caso, es usado despectivamente por Mariana para referirse al hábito de consumo de cocaína de F. “Duro” es usado vulgarmente tanto para referirse al estado de alguien después de consumir esta droga, como para designar a la persona que consume habitualmente.

(risa) No. No sé... (decimotercera consulta)

También en sus relaciones laborales Mariana pudo poner a jugar cierta separación entre ella y la demanda del otro. Luego de ser despedida del empleo que tenía, situación a la que llegó por su falta de motivación y de ganas al *atender a la gente*, pudo desplegar su deseo de conseguir otro trabajo, particularmente en atención al cliente, algo de lo que -dijo- poseía experiencia. Al expresarlo en consulta, la frase fue acompañada con lo que se podría pensar como un intento de demarcar y de separar su propio deseo, la aclaración “pero con una ventana al medio”, en referencia a las mamparas que separan al cliente del funcionario en algunos lugares.

3. ARTICULACIÓN TEÓRICA

Como se explicitó antes, se busca articular el caso expuesto con algunos aspectos de la teoría psicoanalítica para dar cuenta del sufrimiento relatado por la analizante. Estos conceptos son, principalmente, el complejo de Edipo, la identificación y el estrago materno.

3.1 Complejo de Edipo en Freud

No sin razones, el complejo de Edipo (Freud, 1910) es uno de los pilares fundamentales, sino el más importante, de la teoría psicoanalítica. Es sobre él como cimiento que Freud construye prácticamente todo su edificio teórico y conceptual.

El complejo de Edipo ha desbordado el discurso psicoanalítico y ha permeado lo suficiente en la cultura occidental como para que, en mayor o menor medida, tengamos una idea aproximada de su estructura básica, a saber: la vivencia en la infancia de ciertos deseos sexuales y amorosos dirigidos a la figura parental del sexo opuesto, y una rivalidad y hostilidad marcada, cuyo blanco es la figura parental del mismo sexo.

Esta ambivalencia de sentimientos en el niño o niña es el núcleo central de la conflictiva edípica. De sus avatares surgirá luego, entre otras cosas, el modelo sobre el cual el sujeto se relacionará con los otros, así como la elección de objeto exogámica. El complejo de Edipo constituye la trama singular de cada sujeto.

Para Freud el complejo de Edipo es algo universal, tal y como lo consignan las cartas a su amigo Fliess (1897). Allí, el médico vienés le comunicaba a Fliess los resultados de su autoanálisis, el que para entonces lo había llevado a postular la existencia de ciertos sentimientos hostiles del niño hacia sus padres:

Los impulsos hostiles hacia los padres (deseo de que mueran) son, de igual modo, un elemento integrante de la neurosis (...) Estos impulsos son reprimidos en tiempos en que se suscita compasión por los padres: enfermedad, muerte de ellos. Entonces es una exteriorización del duelo hacerse reproches por su muerte (las llamadas melancolías), o castigarse históricamente, mediante la idea de la retribución, con los mismos estados [de enfermedad] que ellos han tenido. La identificación que así sobreviene no es otra cosa, como se ve, que un modo del pensar, y no vuelve superflua la búsqueda del motivo. Parece como si en los hijos varones este deseo de muerte se volviera contra el padre, y en las hijas contra la madre (Freud, 1897, p.296).

Algunos meses después, en una carta posterior, por primera vez Freud relaciona estas primeras ideas con el mito griego de Edipo Rey y fue también su autoanálisis el que lo llevó al descubrimiento en sí mismo de estos sentimientos:

También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana, si bien no siempre ocurre a edad tan temprana (...) Si esto es así, uno comprende el cautivador poder de Edipo rey, que desafia todas las objeciones que el intelecto eleva contra la premisa del oráculo, y comprende por qué el posterior drama de destino debía fracasar miserablemente (Freud, 1897, p. 307).

A medida que avanzaban la obra y las observaciones clínicas de Freud, sus ideas sobre las vivencias sexuales y hostiles durante la infancia iban tomando forma, reconociendo lo inalterable del papel que cumplían los padres dentro de la constitución subjetiva de sus pacientes neuróticos, y cómo estas vivencias y modelos de relación se manifestaban posteriormente. Según Freud (1990):

...los padres desempeñan el papel principal en la vida anímica infantil de todos los que después serán psiconeuróticos; y el enamoramiento hacia uno de los miembros de la pareja parental y el odio hacia el otro forman parte del material de mociones psíquicas configurado en esa época como patrimonio inalterable de enorme importancia para la sintomatología de la neurosis posterior (p. 269).

Si bien, como vemos, estas ideas acerca de la vivencia de estos impulsos en la infancia están desde el comienzo mismo de su obra, y ya poseen para Freud carácter universal, no será hasta el año 1910 en *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre* que les otorgará a estos impulsos el estatus de complejo de Edipo propiamente dicho, estableciéndolo como el *complejo nuclear* de las neurosis:

El vínculo del niño con ambos [progenitores] en modo alguno está exento de elementos de coexcitación sexual (...) El niño toma a ambos miembros de la pareja parental, y sobre todo a uno de ellos, como objeto de sus deseos eróticos. Por lo común obedece en ello a una incitación de los padres mismos, cuya ternura presenta los más nítidos caracteres de un quehacer sexual si bien inhibido en sus metas. El padre prefiere por regla general a la hija, y la madre, al hijo varón; el niño reacciona a ello deseando, el hijo, reemplazar al padre, y la hija, a la madre. Los sentimientos que despiertan en estos vínculos entre progenitores e hijos, y en los recíprocos vínculos entre hermanos y hermanas, apuntalados en aquellos, no son sólo de naturaleza positiva y tierna, sino también negativa y hostil. El complejo así formado está destinado a una pronta represión, pero sigue ejerciendo desde lo inconsciente un efecto grandioso y duradero. Estamos autorizados a formular la conjetura de que con sus ramificaciones constituye el *complejo nuclear* de toda neurosis, y estamos preparados para tropezar con su presencia, no menos eficaz, en otros campos de la vida anímica. (p.43).

El complejo de Edipo es estructurante del psiquismo debido a que marca de forma indeleble la personalidad del niño o niña, habilitando, con su resolución, la salida exogámica, es decir, la renuncia pulsional a los objetos parentales y la habilitación de la sexuación como hombre o mujer, así como la entrada a la cultura. Es también una *neurosis infantil*, que será modelo de nuestras neurosis de adultos (Nasio, 2013, p.22).

Para Freud, el Complejo de Edipo es algo que el niño debe transitar durante su niñez y, luego del período de latencia, terminar de resolver en la pubertad, para lograr el desasimiento de los objetos parentales, y así poder *desear* fuera, es decir, lograr la salida exogámica y asumir su posición; viril para el caso del varón y femenina para el caso de la mujer.

Desde el punto de vista lógico, el complejo de Edipo se da en lo que Freud denomina la *fase fálica* del desarrollo libidinal, ubicada entre los 3 y los 5 años de edad (Freud, 1905). Existe en esta fase una *primacía universal del falo* (Freud, 1923), según la cual el niño cree que todos los seres vivos están dotados de falo.

Tanto el pene en el varón como el clítoris en la niña, en tanto órgano eréctil y susceptible de excitación, proporciona al infante sensaciones placenteras que le hacen sentir *potente*. En su fantasía, todos los seres tienen un órgano como el suyo y todos experimentan estas mismas sensaciones de omnipotencia. Estas sensaciones son las que llevan al niño a dotar a este órgano de otro *status*, constituyéndolo como un objeto preciado. Al respecto, J. D. Nasio (2013) expone:

Para el espíritu de los niños edípicos, quienes tienen el Falo son seres fuertes y quienes no lo poseen son débiles (...) esta ficción infantil puede persistir en la edad madura como un espejismo que hace conflictiva la relación del neurótico con sus allegados y consigo mismo. Además, el neurótico percibe a las personas que le importan según su visión maniquea de fuertes y débiles, de dominantes y dominados (p. 124).

Esta primacía del falo se articulará con lo que es la amenaza de castración. Hasta ahora, tanto el niño como la niña venían recorriendo, cada uno en su cuerpo, el mismo camino, a saber, la excitación sexual proveniente del pene/clítoris y las consecuentes fantasías de omnipotencia que estas sensaciones le generaban. El descubrimiento de la diferencia anatómica entre varones y mujeres, los llevará- esta vez-, por caminos distintos.

En el varón se juega la angustia. El niño teme perder ese órgano tan preciado. Hay que tener en cuenta que a esta edad, el niño ya es capaz de representar la falta (Nasio, 2013), por lo que si la mujer no tiene eso, entonces es probable que él también lo *pierda* si sigue empeñado en mantener sus deseos incestuosos.

Volviendo al complejo de Edipo, las sensaciones erógenas dan paso a los deseos incestuosos, y estos deseos dan paso a las fantasías, en las que el niño *seduce*, pero también fantasías en las que él mismo es *seducido*. Estas fantasías causan placer en el niño, pero también angustia, debido a que el niño teme ser castigado, y este castigo no será otro que el privarlo de su *falo*. Tanto la amenaza de castración como la angustia que deriva de ella, son inconscientes. Al respecto, dice Freud (1925):

La falta de pene es entendida como resultado de una castración, y ahora se le plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona (...) sólo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo (p.148).

El falo, entonces, surge de la transformación del órgano pene en el representante del deseo. Este pene idealizado (Nasio, 2013) es también algo ambiguo para el niño. Sede de sensaciones erógenas, órgano eréctil y manipulable, es para él la fuente de su poder, pero también es algo que teme perder. Representa a la vez la omnipotencia y su reverso, la vulnerabilidad (Nasio, 2013, p.26).

En su *Conferencia N°13*, Freud (1915-1916) definía así al complejo de castración: "...íntimamente anudado a él [al complejo de Edipo] hallamos lo que llamamos complejo de castración: la reacción frente a la intimidación sexual o al cercenamiento de la práctica sexual de la primera infancia, que se atribuyen al padre" (Freud, 1915-1916 p. 190).

La amenaza de castración en el niño es lo que hace que este renuncie a los deseos incestuosos, y retire la investidura libidinal de los objetos parentales, tal como Freud (1924) plantea en *El sepultamiento del complejo de Edipo*:

Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo. (p.184).

El niño, tratando de preservar su *narcisismo* aparta los deseos incestuosos y parricidas, por miedo a la castración. Esto hace que la *represión* actúe, llevándose consigo tanto los deseos como las fantasías y la angustia. El resultado de esta desexualización de los padres es la *identificación*, así como la introyección de su moral y sus características. El deseo inconsciente de *poseer* a sus padres se transforma en el deseo de *ser* como ellos. Otro de

los frutos del complejo de Edipo es la asunción de una nueva instancia psíquica, el superyó, por medio de la incorporación de la Ley paterna de interdicción del incesto (Freud, 1923b).

El caso de la niña es muy distinto. Si bien también para ella rige la primacía del falo, producto de las mismas sensaciones erógenas que siente el varón, como se menciona más arriba, el descubrimiento de la diferencia anatómica, la llevará por otros derroteros.

Para la niña no podría jugarse una *amenaza de perder*, porque, sencillamente, no tiene. Es así como Freud plantea para el caso de la niña, una fase preedípica (Freud, 1931) en la que el objeto de amor será la madre. Es así como el complejo de castración marca, para el varón, la salida del complejo de Edipo, mientras que para la niña constituye su entrada. Lo que hará que se vuelva hacia el padre, será justamente el descubrimiento de la diferencia anatómica, y con él, el de la castración materna.

3.1.1 Complejo de Edipo en la niña y sexualidad femenina

En su artículo *Sobre la sexualidad femenina* (Freud, 1931), Freud intenta dar cuenta del funcionamiento del complejo de Edipo para el caso de la mujer. A diferencia del varón, en el caso de la niña Freud plantea una fase preedípica en la que el objeto de amor será, primeramente, la madre. En el caso del varón, el sentimiento hacia la madre es tierno, pero en la niña la relación se constituye tempranamente como ambivalente, y es muy fácil que mude en hostilidad.

En esta fase preedípica, la ligazón con la madre es particularmente fuerte. En palabras de Freud: “En este ámbito de la primera ligazón-madre todo me parece tan difícil de asir analíticamente, tan antiguo, vagaroso, apenas reanimable, como si hubiera sucumbido a una represión particularmente despiadada” (Freud, 1931, p.228). La niña, en tanto fálica ella también, está animada, al igual que el varón, por el deseo de poseer a la madre: “Para poder sexualizar luego al padre, la niña sexualiza en primer término a la madre” (Nasio, 2003, p.54).

La fase preedípica puede prolongarse varios años y dejará su marca indeleble en la constitución psíquica de la mujer. En palabras de Zawady (2012): “...la primera verdad de goce del sujeto es la de haber sido objeto en el deseo materno” (p.170).

La diferencia anatómica marcará para la niña un punto de quiebre. Luego de constatar que ha sido “privada” de falo, confundida y furiosa, presa de la “envidia del pene” o *penisneid*, la pequeña niña culpa a la madre de su *falta*, y dirige su amor hacia quien sí tiene eso, el padre.

En relación a la envidia del pene, Freud, en su *Conferencia 33* sobre la feminidad, dice: “...las mujeres se consideran dañadas en la infancia, cercenadas de un pedazo y humilladas sin su culpa; y el encono de tantas hijas contra su madre tiene por raíz última el reproche de

haberlas traído al mundo como mujeres y no como varones” (Freud, 1932, p.115). Así como en el varón se juega la *angustia de perder*, en el caso de la niña lo que se pone en juego es el *dolor de haber perdido*. Si para el varón el objeto preciado es el pene-falo, para la niña será su amor propio (Nasio, 2013, p.59).

Freud plantea que la niña deberá hacer un *pasaje* en tres niveles, es decir; deberá pasar de la madre al padre, del anhelo del *pene* al anhelo de un *hijo*, y del clítoris a la vagina como zona rectora de la sexualidad. Esto es lo que constituye el Edipo femenino propiamente dicho.

Freud coloca al *penisneid* como componente esencial en la estructura edípica femenina. Esta “envidia del pene” es lo que posibilitará que la niña se vuelque hacia el padre, relegando a la madre como objeto de amor primario. La niña experimenta un profundo desengaño, que no será sin consecuencias para la mujer adulta que devendrá. El *penisneid* es la fuente de numerosas perturbaciones neuróticas en la edad adulta, como por ejemplo la celotipia propia de presentaciones histéricas (Zawady, 2012).

Freud (1932) plantea tres vías posibles de resolución por parte de la niña frente a la castración. La primera es la suspensión de la sexualidad. La niña renuncia a su quehacer fálico y con ella a la sexualidad toda. Esto tendrá consecuencias neurotizantes para la mujer adulta, quien dejará de lado su sexualidad, resistiéndose a ella de tal forma que llegará a experimentar asco y repugnancia

La segunda salida es la de la insistencia en la masculinidad. La niña reniega de la castración, y se empeña en su fantasía por conservar el falo y así “retiene la masculinidad amenazada (...) y la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos” (Freud, 1932, p. 231).

La tercera vía es la de la feminidad “normal”, que para Freud es la maternidad, al tomar efectivamente al padre como objeto. En palabras de Freud (1932):

...el complejo de Edipo es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prolongado; no es destruido por el influjo de la castración, sino creado por él; escapa a las intensas influencias hostiles que en el varón producen un efecto destructivo, e incluso es frecuentísimo que la mujer nunca lo supere (p.232).

Luego de franquear este escollo, la niña está lista para arribar al padre, reconociéndolo como portador del falo y exigiendo que se lo otorgue. Ante la negativa paterna, la niña pasa de querer *tener* el falo del padre a *serlo*, quiere ser “la preferida” del padre y lo ubica como objeto de su deseo, fantaseando a su vez con recibir *un hijo* suyo. Esto constituye el complejo de Edipo propiamente dicho. Esta vuelta al padre también hace que la niña se identifique a su madre, esta vez como ideal de feminidad. La madre pasa de ser odiada y culpada por causa de

haberla *privado* del falo, a ser un modelo al cual identificarse en tanto mujer deseada por el padre.

Finalmente, luego de que la niña quiera *tener* el falo y luego *ser* el falo, se identificará con el padre, incorporándolo. Se deshace del padre fantaseado y lo erige como modelo de identificación, luego de identificarse también a su madre como ideal de feminidad.

Pensando en el caso de Mariana, podemos ubicar algo de su síntoma en estas configuraciones edípicas y preedípicas. La permanente demanda a su madre y su ambivalente relación con ella (“¿Mi mamá? [...] de a ratos siento que la odio, la odio, la odio, la odio...”) podemos pensarla con relación a lo que fue su fase preedípica, más si tenemos en cuenta que Mariana estuvo *a solas* con el deseo de su madre y de su abuela durante gran parte de su infancia, por lo que podemos pensar en una fase preedípica particularmente larga e intensa. La siguiente cita de Zawady (2012) es más que clara para pensar, por ejemplo, la creciente demanda a su madre luego de terminar la relación con F.:

...el amor al padre no es más que un recurso que eclipsa el núcleo de la neurosis femenina, ubicado en la relación primordial con la madre, lo cual explica la tendencia al retorno al Otro materno a partir de las desilusiones con el padre o con el partenaire amoroso masculino (p.180).

La desilusión amorosa de Mariana hizo que quisiera, por todos los medios, retornar al Otro materno, intensificando la demanda a su madre. ¿Qué le demanda Mariana a su madre? Le demanda el significante de lo femenino, demanda que nunca podrá colmar, ya que ese significante no existe en la estructura.

En cuanto al síntoma principal de Mariana, su angustia y su miedo al abandono y la fragilidad con la que sostiene sus vínculos, podemos pensarla como estructurada desde la angustia inconsciente de castración. Nasio (2013) reconoce una forma de neurosis típicamente femenina, a la que reconoce como una figura de la *angustia de castración*:

...hay una angustia típicamente femenina que considero una figura de la angustia de castración, a saber, el temor de la mujer a ser abandonada por el hombre que ama. El deseo de ser amada y protegida es tan potente en el inconsciente femenino que la joven, aunque esté sólidamente comprometida en su pareja, siempre siente el temor de verse privada del amor de su compañero. Al menor conflicto sospecha que su novio quiere abandonarla. Siendo muy pequeña, ya fue engañada por la madre, ya adulta desconfía de los hombres. Teme perder aquello que valora sobre todo lo demás: el amor, la alegría de amar, de ser amada y de sentirse protegida (p.110).

Podemos ubicar así, gran parte del sufrimiento de Mariana. Tanto su miedo de ser abandonada como la insatisfacción en sus vínculos pueden pensarse entonces como una reviviscencia de la antigua angustia de castración, en donde el Fallo a perder sería ya el amor de su compañero, el sentimiento de amor y de protección que deriva del vínculo con el otro.

Zawady (2012) nos propone abordar la noción del estrago materno para dar cuenta de numerosas presentaciones clínicas de mujeres neuróticas. El deseo materno es presentado como capturante del sujeto, inhabilitándolo para constituirse como sujeto de deseo, quedando en posición de sujeción a este deseo materno, y donde el padre se revela insuficiente para constituirse como *síntoma* separador.

[el estrago] al ser referido a la madre, alude al efecto de fascinación que genera la impronta de su omnipotencia en los primeros años de vida (...) Al mismo tiempo, la referencia a la devastación, remite a las marcas voraces de dicha fascinación en el sujeto (...) es una evidencia clínica que el estrago materno es padecido con una particular intensidad por el sujeto femenino, quien, en su novela familiar, da cuenta de una complejidad inédita y pertinaz, implícita en la relación madre-hija, y difícilmente equiparable a la de otro tipo de relación humana (p. 171).

Es en esta fase preedípica en donde se pueden situar principalmente lo referido al estrago materno. En el caso de Mariana y, atendiendo a su novela familiar, podemos pensar en una situación de *goce* incestuoso, no solo con su madre, sino también con su abuela, personaje destacado de esta trama, y a quien Mariana ubica en *un lugar de madre*.

Esta relación “absorbente” que mantenía con su abuela recién fue interdicta por M., padre de crianza de Mariana, quien al casarse con su madre no solo separó físicamente a Mariana de su abuela al mudarse de casa, sino que también fue quien “mandó” a Mariana al psicólogo (“mi padre me dijo que mi abuela me absorbía”).¹³ Todos los avatares amorosos de Mariana dan cuenta de una profunda alienación al deseo del Otro, en donde no hubo interdicción para el goce, mostrando rasgos del estrago, y teniendo como consecuencia la incapacidad de Mariana de “decir que no” y de fallar a la demanda, incapacidad que tiene su contracara en los intensos sentimientos de culpa que experimenta.

Elecciones de pareja tormentosas, una gran proclividad a las perturbaciones del acto —*acting out* y pasaje al acto— y, en ocasiones fenómenos de apariencia psicótica —trastornos alucinatorios

¹³ Pág. 25

donde se muestra el retorno en lo real de la forclusión de lo femenino—, dan testimonio de la problemática clásica del estrago (Zawady, 2012, p.171)

Carrasco, por su parte, propone la configuración del deseo en la histeria, estructura en donde podemos ubicar a Mariana: “Es con la ley del deseo, es decir con el Otro, que la histérica está en una relación de querella y demanda a través de su síntoma...” (Carrasco, 2017, p.111). El síntoma de Mariana demandaba permanente el reconocimiento en el Otro. Su deseo recorre las vías de la demanda y de la angustia, encontrando a la *querella* como vía para este reconocimiento.

Otro de los aspectos del caso que podemos articular es la cuestión relativa a la maternidad. Lo relacionado a ser madre aparece en el discurso de Mariana en forma de recuerdos de fantasías infantiles de *tener un bebé* (“Yo soñaba con que dejaran un bebé en una canasta en la puerta de mi casa, como un regalo...”)¹⁴, así como también a través del deseo manifiesto de tener un hijo. Podemos pensar esto como la expresión de una posición anclada en la infancia, sin poder dejar de demandar al padre ese *regalo* que sería un hijo suyo.

Mariana ubica el momento en el que F. se convirtió en padre como el momento en el que irrumpió su síntoma. ¿Qué pudo haberse jugado en ella en ese momento? Ese bebé oficiaba de alguna manera como separador entre ella y su novio. Fueron frecuentes las expresiones de celos que Mariana imaginarizaba como celos hacia la madre del niño cada vez que F. iba a ver a su hijo. El hecho de que F. pudiera desear *algo* más allá de ella, era algo que a Mariana la confrontaba con la angustia. La repetición de la demanda a los hombres y a su madre nos propone pensar que Mariana amalgama, en una misma serie, tanto a su madre como a su partenaire, sintiendo angustia ante cada separación (“...yo lloraba pila cuando mi madre se iba con la persona que me dio el apellido...”)¹⁵.

3.2 Complejo de Edipo en Lacan. Una relectura estructuralista de Freud

Uno de los aportes fundamentales de Jacques Lacan a la teoría psicoanalítica fue el pasaje que efectuó del Edipo del mito al Edipo de la estructura. Lacan ubicó a los padres del Edipo dentro de una lógica, otorgándole al complejo de Edipo otro *status*. El paso del *Mithos* al *Logos* implica la transformación del padre de la horda del mito freudiano de *Tótem y Tabú* (Freud, 1913), en un significante. En este texto, escribe Freud:

¹⁴ Pág. 28

¹⁵ Pág. 23

El muerto se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida (...) Lo que antes él había impedido con su existencia [gozar de las mujeres que el padre mítico acaparaba para sí], ellos mismos se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la «obediencia de efecto retardado [*nachtraglich*]» (...) Revocaron su hazaña declarando no permitida la muerte del sustituto paterno, el tótem, y renunciaron a sus frutos denegándose las mujeres liberadas. (Freud, 1913, p. 145).

A diferencia de Freud, quien introducía la tríada madre-padre-niño, Lacan va a introducir un cuarto elemento en la estructura: el falo. Decimos que Lacan propone el complejo de Edipo como una estructura y no como un mito en tanto se trata de una organización con funciones, en donde cada elemento se define en relación con su ubicación con respecto a los demás. Hablar de complejo de Edipo es hablar del significante fálico como el significante que lo articula y que *circula* por la estructura. En Lacan, el falo no es un objeto material (aunque en su vertiente imaginaria puede llegar a ser un objeto de extremado valor para el sujeto), tampoco es un órgano del cuerpo, sino que es un *significante*: “El falo no es una forma objetal, como forma sigue siendo una forma cautivante, fascinante (...) el falo no es un fantasma, ni un objeto, ni siquiera parcial o interno...” (Lacan, 1958, p. 381). En tanto significante, significa el *deseo*. De lo que se trata en el Edipo es de la dinámica deseante circulando a través del falo. El falo también se distinguirá en los distintos niveles de la estructuración psíquica del sujeto, como falo simbólico, el falo que circula, y como falo imaginario, que es el que captura al niño en el primer tiempo del Edipo.

Bleichmar (1980) propone pensar el complejo de Edipo como la descripción de una estructura intersubjetiva, y lo ejemplifica con una metáfora teatral, en la que existen personajes que interpretan un rol, y al asumirlo, ejercen un papel marcado. Así, el actor *no* es el rol, sino quien lo encarna.

Para remarcar el carácter simbólico del complejo, Lacan dirá que es algo que sucede en el campo del lenguaje, y que constituye la entrada misma del significante en el cuerpo (Lacan, 2009): “si el Complejo de Edipo no es la introducción del significante, les pido que me den de él alguna concepción distinta...” (Lacan, 2009, p. 269-270).

Lacan plantea tres tiempos en el complejo de Edipo (Lacan, 1957-1958). Estos tres tiempos constituyen tiempos lógicos, no cronológicos. La función principal del complejo de Edipo es la de introducir al padre como un tercer elemento que escindirá la estructura dual primitiva madre-hijo.

El primer tiempo se corresponde con el tiempo del estadio del espejo (Lacan, 2003a). El estadio del espejo es planteado por Lacan como el momento del surgimiento del registro de lo

imaginario. Producto de la *prematuration* con la que llega al mundo, el niño experimenta su cuerpo como fraccionado, separado. A partir del momento en el que percibe su imagen completa en el espejo, y a través de la mirada del Otro, el niño puede construir su imagen corporal. El Otro es quien lo va constituyendo, y el niño se identifica así a esa imagen especular. Para Lacan, el estadio del espejo constituye la fase en donde se desarrolla el yo como instancia psíquica.

En este primer tiempo del Edipo el niño se constituye como objeto de deseo de la madre y se encuentra en un estado de completud con ella, tomado por su deseo. El niño se identifica con el deseo de la madre, para así ser él mismo su falo, es decir, el objeto primordial de su deseo. El niño asume que "para gustarle a la madre, basta y es suficiente con ser el falo" (Lacan, 1957-1958, p.198). La madre, castrada, ubica al niño como su falo, en la medida en que se siente completa por él, el niño viene a tapar su propia *falta*. Para ubicar lo que Lacan articula como falo en la madre, podemos referirnos a la ecuación freudiana pene=falo, que luego será niño=falo. Es decir, el falo opera desde lo simbólico como una *ausencia*. En este primer tiempo se crea así una estructura circular, en donde no hay lugar para la *falta*. El niño es el falo y la única ley es la ley del deseo de la madre. En este primer tiempo, el padre no está presente en la estructura, sino que se encuentra *velado*, presente solo en la función paterna que sí está en la madre. En este primer tiempo solo existe lo que Lacan (1958-1958) propone como la *tríada imaginaria*: la madre, el niño y el falo.

En el segundo tiempo del complejo de Edipo aparece el padre como privador. Este padre privador funciona en ambas direcciones, en tanto priva al hijo de ser el falo de la madre, y priva a la madre de su ilusión fálica. El padre entonces se establece como agente de la castración simbólica, haciendo perder tanto a la madre como al hijo su valor fálico. Este segundo tiempo es fundamental para separar el niño de lo que sería el deseo aplastante de la madre. En palabras de Lacan:

(...) la madre es dependiente de un objeto que ya no es simplemente el objeto de su deseo sino un objeto que el Otro tiene o no tiene. El estrecho vínculo de esta remisión de la madre a una ley que no es la suya sino la del Otro, junto con el hecho de que el objeto de su deseo es soberanamente poseído en la realidad por aquel mismo Otro a cuya ley ella remite, da la clave de la relación del Edipo (Lacan, 1957-1958, p.198-199).

Este es el fundamento del complejo de Edipo. La madre queda, entonces, desprovista de su ley, y está sujeta ahora a la ley de Otro. Es en este plano que se da la rivalidad del niño con el padre, rivalidad que se juega en ser o no ser el falo para la madre, en donde el padre opera

como el agente real de la castración simbólica. Para que el padre intervenga efectivamente, es necesario que la madre lo *convoque* a través de la *palabra*, y que el padre, a su vez, haga de la madre el *objeto causa* de su deseo, y se haga preferir a ella (Lacan, 1957-1958).

El tercer -y último- tiempo, marca la salida del complejo de Edipo. A diferencia de Freud, Lacan no propone un *sepultamiento* del Edipo, sino que plantea que se trata de definir una posición inconsciente como sujeto deseante, así como la asunción del falo como significante:

¿De qué se trata al final de la fase preedípica y en los albores del Edipo? Se trata de que el niño asuma el falo como significante, y de una forma que haga de él instrumento del orden simbólico de los intercambios, rector de la constitución de los linajes. Se trata en suma de que se enfrente al orden que hará de la función del padre la clave del drama (Lacan, 2016, p.202)

Es aquí cuando el niño y su madre quedan separados, y el padre interviene como siendo *portador* del falo, no como el que lo es. El padre también depende de una Ley exterior, y el falo se encuentra más allá de él, en la cultura. El niño, al identificarse con el padre como portador del falo, accede a la identificación con el Ideal del yo (Lacan, 1957-1958).

Esta intervención del padre, marca ya no un padre puramente simbólico, sino un padre en lo real, es decir, vinculado al *goce* (Lacan, 1957-1958), el padre capaz de tomar a la mujer como objeto de su deseo y *gozar* de ella.

A la salida de este tercer tiempo del Edipo es cuando el niño “tiene en reserva todos los títulos para usarlos en el futuro” (Lacan, 1958, p.201). Estos “títulos” a los que hace referencia Lacan en su Seminario, son, ni más ni menos que los títulos de su sexuación.

En cuanto a la castración, Lacan plantea en el texto *La significación del falo* (Lacan, 1958) que el complejo de castración tiene función de *nudo*; esto quiere decir que según la respuesta que el sujeto pueda dar a esta castración en el Otro materno; es decir, según reprima, reniegue o forcluya la castración en el Otro, tal será la forma en la que se estructuran los síntomas en la neurosis, la perversión o la psicosis, respectivamente.

Esta es una de las funciones del complejo de castración. La otra función es la de instaurar en el sujeto una posición inconsciente, posición “sin la cual no podría identificarse al tipo ideal de su sexo, ni siquiera responder sin graves vicisitudes a las necesidades de su *partenaire* en la relación sexual” (Lacan, 1958, p. 653).

Lacan le dio otra significación al padre, al postular la idea de un padre nominante (Lacan, 1957-1958). El padre en Lacan juega un papel fundamental al ser el portavoz de la Ley. El padre oficia de corte en la díada madre fálica-hijo (Lacan, 1957-1958), estableciendo así un límite para el deseo materno, funcionando como agente de castración para los dos términos.

Hacia el lado del niño, el padre prohíbe a la madre, en tanto objeto suyo, y no del niño; hacia el lado de la madre, prohíbe a esta reintegrar su producto. En cuanto al deseo materno, Lacan (1970) dirá que:

El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre. Entonces, traté de explicar que había algo tranquilizador. Hay un palo, de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama el falo. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra (Lacan, 1970, p.118).

Esta cita, del Seminario 17 da cuenta de una condición del deseo materno. El deseo materno tiene la particularidad de ser estragante *per se*. El deseo materno es uno de los términos de la metáfora paterna (Lacan, 1957-1958), este deseo materno es el que queda “barrado” por el significante Nombre del Padre. Dor (1984) plantea que “el proceso de la metáfora paterna está estructuralmente ligado a la situación edípica y constituye, de alguna manera, el apogeo de su resolución” (Dor, 1984, p.88). El Nombre-del-Padre es el operador lógico que articulará la función fálica con el complejo de castración (Dor, 1984). La función paterna es algo muy distinto de la presencia del padre o de sus carencias en tanto persona. La función paterna depende de un lugar en el entramado simbólico.

En la obra de Lacan, (pero también en la obra de Freud), la cuestión del deseo materno aparece siempre como capturante del sujeto, y no como habilitante. Es entonces a partir de la intervención del Padre en tanto significante (Lacan, 1957-1958) que se sustituirá el significante materno por el significante paterno, haciendo metáfora. Dicho de otra forma, la metáfora paterna aparece como una operación que reemplaza la dimensión del deseo (materno) por la dimensión de la ley (paterna). En el Seminario 5, *Las formaciones del inconsciente* (Lacan, 1957-1958), Lacan dice acerca del Nombre del Padre: “es un término que subsiste en el nivel del significante, que en el Otro, en cuanto sede de la ley, representa al Otro. Es el significante que apoya la ley, que promulga la ley. Es el Otro en el Otro” (Lacan, 1957-1958, p.150).

La función del padre en el complejo de Edipo es la de ser un significante que sustituye al primer significante introducido en la simbolización, esta es la metáfora. Poner al padre en lugar de la madre es lo esencial del progreso en relación con el complejo de Edipo. La posibilidad de la metáfora es fundamental en la neurosis.

Si bien el padre de Mariana apareció de forma muy velada en su infancia (*mi padre pasaba por enfrente de mi casa y mi madre me escondía*), su cicatriz será la frase textual de Mariana “Cuando yo nací él [su padre] ya no estaba”. La lectura del caso desde la óptica lacaniana nos hace pensar en que, si bien no hubo un agente interdictor en esa estructura y Mariana muestra las marcas de haber sido objeto de un deseo particularmente intenso por parte de su madre como de su abuela, podemos ubicar a M.¹⁶ como el agente privador en la experiencia edípica de Mariana, y el *odio* que Mariana expresó sentir por él desde los siete años hasta entrada la adolescencia es, quizás, lo que le permitió hacer el corte y que el padre haga *función*.

Ubicamos también aquí la dificultad de Mariana de sostener vínculos sentimentales, particularmente el *no saber* tener pareja o la *vergüenza* que expresa de *tener novio*¹⁷ como parte de esta configuración en donde no fue facilitada por la estructura la salida exogámica. Mariana encuentra dificultades en la relación con el *partenaire* y con su deseo.

Podemos pensar también la *determinación simbólica* que subyace en la relación entre las tres mujeres. ¿De qué deseo es hija Mariana? Si pensamos en que su abuela no es la madre biológica de su madre, sino que, como expresó Mariana durante el tratamiento, “son primas con mucha diferencia de edad”, podemos pensar en qué medida su madre fue, a su vez, objeto de deseo de su abuela, particularmente si tenemos en cuenta que, la adopción de la madre de Mariana por parte de la abuela, es consecuencia de la muerte de un hijo adolescente de esta última, lo que nos hace pensar en un lugar particularmente difícil de sostener por parte de la madre de Mariana.

Fueron varios los momentos del trabajo con Mariana en los que dio cuenta de una relación casi infantil de su abuela con su madre, diciendo que su abuela “rezongaba” a su madre, o que su madre “peleaba” a su abuela, lo que nos lleva a pensar en qué medida la madre de Mariana accedió a la posición materna, y si pudo ser desalojada del lugar de hija, a su vez, por su propia madre. Este salto en la constitución de los linajes puede determinar a un sujeto, en tanto éste no se configura en el deseo de sus padres. Esto nos resulta útil para pensar la relación profundamente especular y de rivalidad que mantenía Mariana con su madre, lo que se hace evidente en su discurso al decir que su abuela *ocupó el lugar de madre* y que con su propia madre *parecían hermanas*.

¹⁶ Ver cap. 2.4

¹⁷ Pág. 9

Una parte del caso en donde podemos pensar en una *identificación* con la madre es lo que Mariana ubica como su “época turbia”¹⁸. Con este significante Mariana designó una época de su vida marcada por los excesos y desbordes, además de actividades que pueden considerarse, desde un punto de vista jurídico, como delictivas. Estos excesos se presentaron de todo tipo: hipersexualidad, consumo problemático de drogas y alcohol, agresividad y una cierta exposición al peligro.

En este repertorio de conductas se juega una repetición compulsiva como forma de *tener presente* al Otro. No es una mera repetición por copiar conductas, sino que es la identificación del sujeto al significante del Otro.

La “versión oficial” acerca de la ausencia de su madre fue dada a Mariana por M. su padrastro, quien le dijo, como Mariana expresó en consulta, que “su madre se había ido a vender droga”. Las conductas de abuso de sustancias, por ejemplo, pueden ser puestas de este lado, del lado del significante. La *droga*, consumida en exceso por Mariana, es también el significante de la ausencia de su madre, así como los robos. Más que un intento por transgredir una ley, Mariana busca identificarse a un rasgo del Otro.

Esta ausencia de su madre nunca fue dicha de manera contundente. Las circunstancias que la envuelven son confusas, dando la idea de una red de mentiras en las que Mariana se vio inmersa, que resultaron en una realidad que le explotó en la cara cuando su madre “se fue de la nada”. Podemos pensar estas conductas de Mariana, las de su “época turbia” como una forma de “ser como su madre”, aunque busque no serlo.

¹⁸ Ver capítulo 2.7

4. CONSIDERACIONES FINALES

Para la realización de este trabajo se optó por la modalidad de construcción de caso clínico en parte por la estructura misma del material resultante de la experiencia de trabajo, y también por las características de este tipo de producciones, las cuales facilitan la exposición de los conceptos teóricos que se intenta trabajar.

El caso clínico resultante del trabajo de práctica preprofesional es extenso. Los seis meses de trabajo con la consultante dieron lugar a más de veinte entrevistas, de las cuales se optó por un recorte reducido para facilitar la exposición del caso.

Se rescataron las nociones freudianas del complejo de Edipo, posibilitando además trabajar cuestiones vinculadas al estrago materno, para luego considerar los fenómenos clínicos bajo la lupa del complejo de Edipo como lo presenta Jacques Lacan. A través del trabajo se pretendió poner en primer plano los síntomas que relató la consultante, y articularlos con esa parte de la teoría analítica, para obtener una comprensión cabal de los mismos e intentar una aproximación a las interrogantes que lo atraviesan.

A través del trabajo clínico, también tuvimos la oportunidad de sostener un espacio en donde pudimos habilitar la escucha a un sujeto en sufrimiento, con todo lo que ello implica. Sostener transferencialmente la angustia fue todo un desafío a nuestra implicación como psicólogos practicantes.

Durante el trabajo de práctica pudimos observar ciertos cambios de enunciación de la consultante al respecto de lo que le sucedía, además de que transferencialmente pudimos ubicarnos, en ciertos pasajes, en la posición de sujeto supuesto saber. En el desarrollo de las entrevistas, Mariana pudo desplegar algo del sufrimiento por la muerte de su abuela, permitiendo una cierta elaboración del duelo, que hasta ese momento no había hecho, así como también una delimitación más precisa de su deseo, desmarcándose de la demanda del otro, permitiendo un movimiento subjetivo tendiente a establecerse como sujeto deseante, dejando de lado las vías sintomáticas por las que discurría.

En el encuentro con su propia palabra, Mariana se apropió de aspectos de su vida que hasta este momento no habían sido puestos en relación con su sufrimiento, posibilitando nuevas construcciones.

Con relación al sufrimiento traído por la analizante, pudimos darle un sentido al articularlo con su novela edípica, uniendo además la forma en que visualizamos nosotros la puesta en

juego de su sufrimiento y la configuración de sus síntomas, anudando junto a la teoría, la interpretación de estos.

Como consideraciones podemos evidenciar cómo las configuraciones edípicas tienen su influencia en las neurosis del adulto, y cómo se articulan los síntomas en las distintas presentaciones clínicas, permitiendo también una suerte de internalización de la teoría.

Además, pudimos también observar las distintas consecuencias del estrago materno en la vida y en la forma de relacionamiento vincular de un sujeto permitiendo anudar las observaciones clínicas con nuestra lectura de estas, así como también la teoría. El trabajo clínico nos permitió también ser testigos del poder de la transferencia, reconociéndola en todos sus niveles a lo largo de numerosos pasajes del caso.

En cuanto al abordaje de la experiencia, me parece oportuno destacar nuevamente la ventaja de tomar contacto con el caso en duplas y de poner en común el material en el grupo de práctica, lo que, creo, rescata lo que de transmisión tiene el psicoanálisis.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bleichmar, H. (1980). *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Carrasco, O. (2017). *Sintagmas sobre la histeria*. Montevideo: Psicolibros.
- Dor, J. (1984). *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como lenguaje*. Buenos Aires. Gedisa.
- Figueiredo, A. C. (2004). "A construção do caso clínico: uma contribuição da psicanálise a psicopatologia e a saúde mental". *Revista Latinoamericana de psicopatologia fundamental*, 7(1), 75-86.
- Freud, S. (1892-1899 [1950]). "Fragmentos de la correspondencia con Fliess". En *Obras completas* (1996), (vol. I). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1908) "Sobre las teorías sexuales infantiles". En *Obras Completas* (1996), (vol. IX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1910) "Sobre un tipo particular de la elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor", I). En *Obras Completas* (1996), (vol. XI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1912) "Trabajos sobre técnica psicoanalítica". En *Obras Completas* (1992), (vol. XII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1913) "Tótem y tabú". En *Obras Completas* (1992), (vol. XIII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915-1916) "Conferencias de introducción al psicoanálisis". En *Obras Completas* (1996), (vol XV). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920) "Más allá del principio del placer". En *Obras Completas* (1996), (vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923) "La organización genital infantil". En *Obras Completas* (1992), (vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923b) "El yo y el ello". En *Obras Completas* (1992), (vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1924) El sepultamiento del complejo de Edipo. En *Obras Completas* (1992), (vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925) "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos". En *Obras Completas* (1992), (vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1931) "La sexualidad femenina". En *Obras Completas* (1996), (vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1932) "Conferencia 33. La feminidad". En *Obras Completas* (1992), (vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Lacan, J. (1953) *El mito individual del neurótico*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1966). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. En *Escritos 1* (2003). México D.F.: Siglo XXI Editores. (2003).
- Lacan, J. (1958) *La significación del falo*. En *Escritos 2* (2014). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (1953). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. (1983) Barcelona: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1955-1956). *Seminario 3: Las Psicosis* (2009). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1956-1957) *El Seminario Libro 4. La Relación de Objeto*. (2013). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1957-1958) *El Seminario Libro 5. Las formaciones del Inconsciente*. (2013). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962-1963) *El Seminario Libro 10. La angustia*. Traducción de Ricardo Rodríguez Ponte. Versión crítica para circulación interna de la EFBA. Inédito.
- Lacan, J. (1964) *El Seminario Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (2017). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1970) *El Seminario Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. (2013). Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, J.D. (2001) *Los más famosos casos de psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, J.D. (2013) *El Edipo: el concepto crucial del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Zawady, M. D. (2012). La clínica del estrago en la relación madre-hija y la forclusión de lo femenino en la estructura. Desde el jardín de Freud [nº 12, enero - diciembre 2012, Bogotá] ISSN: 2256 - 5477, pp.169-189. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/3613>.